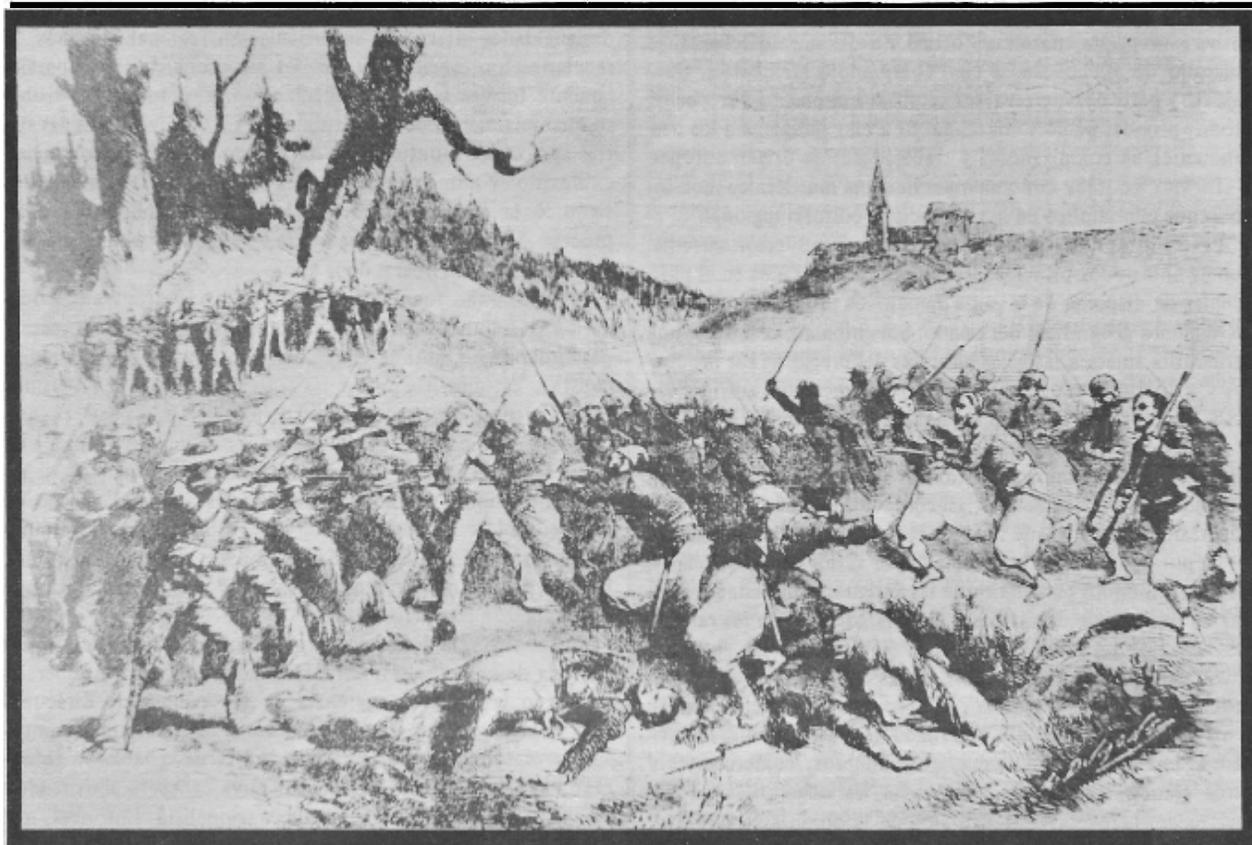


Antropología suplemento

ANIVERSARIO

Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia ≈ Nueva época ≈ Núm. 25 ≈ Enero-Febrero 1989



Guerra y sociedad en Michoacán durante la ocupación militar franco-belga y el Imperio de Maximiliano (1863-1867)*

Carlos García Mora**

En la década de 1860, Michoacán fue escenario de la invasión y la ocupación de su territorio perpetradas por un ejército extranjero, en combinación con fuerzas mexicanas, para derrocar al régimen republicano y liberal vigente e imponer uno monárquico e imperial. Los sucesos entonces acaecidos se engarzaron

en la trama social, la situación económica y la lucha política mexicanas en general, y michoacanas en particular, de aquella época. Esos sucesos tuvieron trasfondos históricos internacionales y regionales específicos. Por ello, si bien la guerra a la sazón desatada siguió las directrices prevalecientes de la lucha por la hegemonía, tomó las formas peculiares moldeadas por las condiciones específicas de las tierras michoacanas. Bajo estas formas, la vida social se atuvo al desarrollo de los acontecimientos militares y políticos desenvueltos en tres lapsos: el de la ocupación militar y la instauración de autoridades adictas al intervencionismo extranjero; el de la implantación y vigencia del gobierno imperial; y el de la desintegración de éste y la restauración de las instituciones de la República liberal. Michoacán, sacudido por la guerra, heredó secuelas profundas, todo lo cual mueve a la reflexión sobre las nada olvidables cuestiones del pasado michoacano.

* Resumen de un trabajo realizado entre 1983 y 1984, dentro del Seminario de Historia de la Reforma, Intervención Francesa y el Imperio (relación Iglesia-Estado, 1860-70), dirigido por el doctor Luis Ramos en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. El director del Seminario proporcionó asesoría y fotocopias de impresos y documentos del Archivo Secreto Vaticano. Y el colega Gerardo Sánchez Díaz, de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, proporcionó asesoría bibliográfica y fotocopias de documentos del Archivo del Poder Judicial de Michoacán.

** Depto. de Etnohistoria, MNA

El escenario social

Michoacán albergaba entonces poco más de seiscientos mil habitantes, distribuidos en las ciudades de Morelia (su capital, con treinta mil vecinos), Pátzcuaro, Tzintzuntzan y Zamora; las villas de Zitácuaro, Charo, Pizándaro y Maravatío y unos 361 pueblos, 2 213 ranchos, 1 255 haciendas y 19 minerales. Un veinte por ciento de la población hablaba una lengua americana nativa (purépecha, mazahua y otras). En el conjunto del extenso obispado de Michoacán, el cual comprendió Michoacán, Guanajuato y parte de Guerrero, se encontraba población purépecha, otomí, pirinda, pame y mazahua. Si a ello se agrega a los descendientes de colonizadores y trabajadores de origen europeo y africano, contaba con una masa humana multiétnica, con todo lo que ello implicó en la vida social y cultural regional.

El territorio destacó sobre todo, por su producción agrícola, siendo uno de los principales productores de granos en el país, además de disponer de la gama de cultivos propios de las diversas regiones geográficas del estado. Sin embargo, como fue una agricultura sujeta a las bajas abruptas del precio de sus productos y a dificultades para transportarlos al mercado, sufrió cíclicas y agudas crisis. También fue notable la producción ganadera, forestal y minera, además de contar con una diversificada producción manufacturera. Existió un comercio establecido en tendajones y grandes tiendas, así como una extensa red trajinera y huacalera y sistemas de tianguis semanales y ferias anuales.

La población estaba conformada por varios sectores sociales. Había campesinos parcelarios de las antiguas comunidades agrarias en proceso de desintegración. Estaban también los ranchos libres y dinámicos de quienes se nutrieron las guerrillas chinacas. A diferencia de éstos, había trabajadores con pocas propiedades o bien ninguna, como peones y jornaleros rurales, y otros asociados a la cría de ganado, la minería y otras actividades. Los hacendados, ganaderos, mineros, comerciantes y otros grandes propietarios, formaron las oligarquías criollas regionales, herederas estructurales, de la colonia española. Y entre estos sectores básicos floreció una clase media de profesionistas, pequeños propietarios, pequeños comerciantes, militares, bajo clero y otros sectores medios, de los cuales se nutrió la vanguardia dirigente de los movimientos liberales. Por su parte, el clero michoacano, constituido por individuos de variada extracción social, formó —particularmente con la jerarquía— un sector dominante defensor de intereses propios y de aquellos del dominio social tradicional.

Las antiguas comunidades campesinas, lanzadas a un nuevo proceso de reintegración a la sociedad mexicana en construcción, eran pueblos social y económicamente heterogéneos y abiertos a otros sectores sociales y grupos étnicos. Integrados socioeconómica y políticamente a sus regiones y aún al país, dependían parcialmente del abasto externo. En efecto, las otrora comunidades agrarias coloniales mostraron: vecinamiento de población de origen español y africano y de migrantes de otros pueblos de la región; extensión del conocimiento y uso de la lengua española; estratificación social interna (acelerada por el desataque de las propiedades comunales para exponerlas a la dinámica de la compra y venta de bienes raíces); entrega de excedentes a través de pagos de diezmos y demás rentas a los curas; instalación de mesones, escuelas, casas de correo y receptorías de rentas; bracerismo eventual en minas, haciendas, obras públicas y otras actividades; salidas periódicas en peregrinaciones religiosas regionales e interregionales; inserción en los sistemas comerciales regionales y nacionales (a través de los huacaleros, la arriería y el tráfico de canoas, y las redes de tianguis semanales y de ferias anuales); puesta en el mercado de una variedad

de productos y manufacturas, y adquisición de otros por compra e intercambio.

Para entonces, los pueblos campesinos se hallaban en un dilema. Por una parte, habían sido unidades sociales apropiadas corporativamente de sus tierras, en cuyo seno lo civil y lo religioso funcionaron bajo una misma organización, regulada por los ciclos agrícolas, comerciales y religiosos. Y por otra parte, enfrentaban las inevitables contradicciones producidas por sus desigualdades internas y su articulación regional. Además, la secularización creciente escindió a los pueblos al crear paralelamente formas laicas de organización. Y al fondo del visible resquebrajamiento de la cultura regional, la división de las tierras agrícolas y montuosas de los pueblos fue un hecho crucial, expresado en numerosas rebeliones agrarias. La derrota de éstas significó la reincorporación de los pueblos campesinos a un proceso de reforma agraria, social y cultural, preconizada por la transformación liberal de la época.

Nada extraño fue entonces, la conducta pasiva y aún adicta de los excomuneros campesinos ante la intervención francesa y particularmente, ante la instauración de una monarquía paternalista y católica. De hecho, las aspiraciones de los campesinos fueron ajenas al proyecto liberal de nación. En general, el campesinado mexicano —entramado en las realidades étnicas— en varias regiones del país llegó a intentar construir utópicos señoríos campesinos. Tal ocurrió durante las llamadas guerras de castas, durante las cuales los territorios liberados del dominio criollo sucumbieron tanto por los embates externos, como por las contradicciones internas que abrieron los flancos por donde se produjeron las derrotas.

Como fuera, la defensa de la soberanía nacional en esa época fue una defensa clasista. Así, al mismo tiempo que los liberales exaltaron la heroica resistencia de los vecinos de Zitácuaro ante el invasor y sus aliados mexicanos, reprocharon al campesinado mazahua su apatía. ¿De qué Zitácuaro hablaron entonces? Pues del de las clases medias cuya cabecera convirtieron en un abanderado del liberalismo nacionalista. Entonces, mal hicieron en hablar a nombre del conjunto social, cuando fueron unas clases las comprometidas con el proyecto liberal y otras las subalternas.

El alto clero pudo contar con el campesinado para amparar su apoyo al Imperio, pero ese sostén pudo ser relativo y carente de incondicionalidad, dada la corrupción del clero secular y la degradación del regular, lo cual a veces pudo oponer a los sacerdotes con su propia feligresía. Además, la existencia en los pueblos de la heredada organización local del culto y del ciclo de fiestas religiosas, así como de los encargados lugareños de éstas, se opuso a la monopolización de la autoridad del clero o, por lo menos, limitó su alcance. Por ello, a la larga, el clero buscó extinguir esa organización (la cual fue adquiriendo un carácter popular dada su autonomía), para fomentar las asociaciones institucionalizadas dependientes de la jerarquía eclesiástica.

En términos generales, el llamado partido conservador en Michoacán estuvo compuesto por sectores de las clases propietarias, aunque éstas proporcionaron también algunos miembros al llamado partido liberal. La filiación política fue en algunos casos ambigua, por lo cual, la intervención francesa forzó a los individuos a tomar partido, provocando la deserción de algunos liberales acomodados, quienes se pronunciaron por la instauración del Imperio. Algo similar ocurrió con los grandes comerciantes. Otro sector conservador fue el de los militares, antiguos miembros de los ejércitos conservadores derrotados (como el santanista).

Otro importante y agresivo sector del conservadurismo mi-



Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, oriundo de Zamora, Michoacán. Formó parte de la junta de notables nombrada por las fuerzas intervencionistas francesas

choacano lo constituyeron los clérigos, particularmente su jerarquía, pues en el bajo clero hubo sacerdotes neutrales o partidarios de la República. La clerecía michoacana administraba una institución otrora financieramente importante, afectada por las reformas liberales puestas en práctica por gobiernos estatales, en particular por las de la desamortización y la nacionalización de los bienes eclesiásticos. Por ello, la cuestión de la defensa y la recuperación de esos bienes se convirtió en un asunto caro a la jerarquía. Ello se agravó con el resto de las reformas tendientes a quebrar el monopolio del control social e ideológico de la Iglesia sobre la sociedad michoacana, como fueron las de la instauración del registro civil, la expansión de la educación laica, la municipalización de los panteones y otras medidas secularizantes.

Aunque la jerarquía eclesiástica en su conjunto ofreció una oposición abierta al proyecto liberal, entre sus miembros hubo diferentes posiciones sobre las alternativas políticas a las cuales apoyar. Así, si bien todos buscaron una salida conservadora, algunos quisieron preservar la soberanía mexicana, incluso en el caso de imponerse una monarquía como régimen de gobierno.

Miembros destacados del clero conservador en Michoacán fueron Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Clemente de Jesús Munguía y José Antonio de la Peña Navarro.

Labastida, zamorano egresado del seminario de Morelia del cual fue docente y rector, ocupó elevados cargos en la curia eclesiástica michoacana. Formó parte de la Cámara de Diputa-

dos del estado. Y llegó a ser obispo de Puebla en 1855. Al involucrarse al clero poblano en el apoyo a una rebelión religionera antiliberal, por lo cual fue castigado con la confiscación de sus bienes, la oposición de Labastida a ese castigo le valió el destierro a La Habana. Luego pasó a Roma y a otras ciudades europeas, donde fue ministro plenipotenciario del efímero gobierno mexicano conservador entre 1859 y 1860. Después, en Roma llevó a cabo intensa actividad política y diplomática en favor del proyecto monárquico y la intervención de potencias europeas para hacerlo posible. En sus pláticas con el archiduque austriaco Maximiliano de Habsburgo, candidato a la Corona mexicana, defendió los intereses eclesiásticos, condicionando su apoyo a la resolución de sus problemas. En Roma fue nombrado arzobispo de México, convirtiéndose en el jefe más importante de la Iglesia católica en el país. En 1863, amparado por la fuerza francesa interventora, regresó del exilio como uno de los miembros de la regencia provisional encargada de preparar la instauración del Imperio.

Munguía, uno de los más destacados personajes del conservadurismo mexicano, nativo de Los Reyes e hijo de un abarrotero criollo de Tamazula, trabajó como dependiente de un comercio en Zamora. Fue arrestado en 1829 por conspirar contra los procedimientos electorales. Ya mayor, estudió en el seminario de Morelia, donde fue compañero de Labastida y donde impartió clases. Se recibió de abogado, ejerció un tiempo su profesión y después la abandonó para ordenarse sacerdote. Fue rector del seminario y ocupó varios cargos en la jerarquía michoacana. Ideólogo ilustrado y autor de varios libros, llegó a ser considerado como "la cabeza de la religión en México".¹ Nombrado obispo de Michoacán en 1850, tuvo constantes enfrentamientos con los gobiernos liberales estatales, debido a su intransigencia ante las reformas aplicadas por éstos. Apoyó al régimen conservador santanista, del cual fue presidente de su Consejo de Gobierno. A partir del triunfo del movimiento liberal de Ayutla, se involucró totalmente en la lucha política. Fue desterrado a Roma en 1861, donde movió cielo y tierra en favor del proyecto monárquico. Regresó a México junto con su paisano Labastida y otros preladados.

Peña y Navarro, nacido en Tanganmandapio y vecinado en Zamora, tenedor de libros de una casa comercial y luego egresado del seminario de Morelia, fue docente de esta institución, diputado en el Congreso local, cura de Angamacutiro, Jacona y Dolores Hidalgo y miembro de la curia michoacana. En 1856, fue desterrado también por el gobierno liberal, y en Europa trabajó en favor de la intervención extranjera. Estando en Roma se le nombró obispo auxiliar de Munguía y en 1863 primer obispo de Zamora.

El partido conservador contó con el peso de una cultura social, política, intelectual y religiosa de viejo cuño. Dispuso del seminario de Morelia para formar sus cuadros. Tuvo como uno de sus medios de difusión ideológica una prensa e impresos adictos. Y la preservación del catolicismo conservador tuvo en importantes segmentos de la población femenina su más eficaz conducto, pues gracias a ellos el pensamiento católico permaneció en el seno familiar, convertido en una fortaleza ideológica y en un aprovisionador, mediante las relaciones parentales, de una clientela silenciosa pero presente.

Por su parte, el llamado partido liberal se formó de una alianza dispareja, un bloque siempre cambiante, desmoronándose y reconstituyéndose constantemente. La vanguardia de esa alianza la compusieron sectores medios (profesionistas, funcionarios, burócratas, sacerdotes, artistas, etcétera), hacendados emprendedores y algunos comerciantes y militares. Su base social la formaron artesanos (herreros, sastres, talabarteros,

etcétera), pequeños comerciantes, rancheros propietarios o arrendatarios (particularmente los ligados a la ganadería: los chinacos) y aun bandoleros rurales de diversa procedencia.

Hombres libres de a caballo, los chinacos poblaron las rancherías en grandes zonas del estado y estaban extraordinariamente adaptados a su medio geográfico. Como guerrillero montaraz, el chinaco se convirtió en un símbolo del apoyo rural a la causa liberal:

usaba sombrero ancho jarano, corbata tricolor, chaqueta de cuero y chaparreras negras; en el cinto, el revólver; el sable, terciado en las acciones de la silla; en la cuya la lanza, y el mosquete en el carcax: todo un chinaco.²

Una ayuda destacable fue la de las mujeres liberales, tanto de las clases medias como de las populares. Tuvieron la carga más dura de llevar las segundas, de entre las cuales salieron las soldaderas, acompañantes de los ejércitos en campaña. Ellas vivieron, como pocos, el drama humano de la guerra.

Estos sectores liberales michoacanos se encontraban fraccionados en diversos y, a veces, opuestos grupos políticos, agrupados en torno de líderes y caciques, con bases sociales y materiales en diferentes regiones del estado. Por ello, fueron frecuentes sus fricciones, aun en los momentos más críticos, cuando la República se jugó su existencia misma; entre otras cosas quizás por carecer de una visión de conjunto.

El movimiento liberal produjo su propia cultura, la cual coadyuvó a su éxito en el debate ideológico con los conservadores. Su vanguardia contó con escritores, poetas, pintores, músicos, abogados, médicos y otros intelectuales y profesionistas. Dispuso de instituciones educativas para formar sus cuadros

profesionales como el Colegio de San Nicolás y con una prensa e impresores adictos. Asimismo, promovió la cohesión política con banquetes, ceremonias, festividades cívicas, desfiles militares y otros actos similares. En parte, la implantación afortunada de la corriente liberal se debió a su capacidad de generar una nueva manera de pensar y nuevas pautas de conducta social y política. Destacó particularmente, la incorporación de la filosofía de la igualdad y la institución del sufragio universal como medio de elección de los puestos políticos. Pese al costo cobrado a las comunidades campesinas con pretexto de dicha filosofía, ésta acompañó un avance democrático real, aunque haya satisfecho la necesidad de expansión de la sociedad burguesa, cuyos intereses se hicieron aparecer como propios de toda la nación.

Además de esa cultura de los liberales ilustrados, se contó con la adhesión de una cultura popular. Por ejemplo, las canciones y los fandangos fueron elementos arraigados de reanimación guerrillera y agitación clandestina. Sin duda, ello contribuyó a mantener viva la causa republicana:

*Dicen que vienen los belgas
bajando por el parral;
que vengan o que no vengan,
por nosotros es igual.
Churumbela de mi vida,
churumbela de mi amor;
a la guerra van los hombres,
¡válgame Dios! ¡qué dolor!*³

Cada uno de los individuos y los grupos involucrados en los acontecimientos, actuaron como tales y como miembros de



Comisión que ofreció a Maximiliano el trono de México. Entre sus miembros figura el abogado michoacano Ignacio Aguilar y Marocho, oriundo de Morelia

un sector específico; es decir, su actuación tomó la forma moldeada por las características de su propia organización social. Los profesionales como personalidades individuales. Los excomuneros se comportaron conforme a las pautas de su antigua organización corporativa, haciéndose representar a nombre de la colectividad. Los peones de cuadrilla como partidas. Los vaqueros como guerrilleros de a caballo. Y los caporales como jefes.

Y encima, aunque la historia muestra la lucha de las clases sociales, en conjunto esa lucha está lejos de ser una simple pugna de opresores contra oprimidos, pues en la mayoría de los casos, es un movimiento de alianzas tácticas o implícitas de varias clases o fracciones de clase. En Michoacán, si bien pudo haber tendencias sociales predominantes, ocurrieron divisiones por las posiciones políticas en el seno de cada clase social. Así, hubo hacendados afiliados tanto a un bando como al otro. E incluso, ocurrieron fracturas en las familias mismas. En una sociedad como la mexicana del siglo pasado, donde las relaciones parentales habían dejado de ser dominantes, el parentesco carnal o político jugó su papel, pero en un sentido y en otro; es decir, miembros de una misma familia pudieron apoyar a la causa liberal y otros a la monárquica, apoyándose cada uno en diferentes parientes y compadres, amén de sus allegados políticos, socios comerciales y demás personas relacionadas con ellos. Analizando los intereses sociopolíticos, económicos y religiosos de los involucrados se podrían determinar las diferencias entre cada uno.

El escenario histórico

El siglo pasado, México fue escenario de la tensión provocada por el desarrollo de los diferentes sectores sociales, cuyos intereses se polarizaron hasta conformar los bloques sociopolíticos aglutinados en los llamados partidos conservador y liberal. Ambos debatieron nada menos sobre cuál debía ser el destino de la nación, luchando enconadamente por imponer sus proyectos antagónicos, mediante la formación de un Estado a su medida. El bloque liberal y modernizador buscó, en un largo y difícil combate, construir una república liberal para cimentar una nación burguesa. Así, los acontecimientos se sucedieron dentro de la confrontación decisiva entre las clases dominantes y las ascendentes.

En efecto, ciertas fracciones sociales emergentes se interesaron en erigir una república liberal, desligada de su pasado colonial, empeñada en su modernización y organizada sobre una economía adecuada a las exigencias del mercado mundial. Para ello, se trató de fortalecer a la burguesía como conductora social, acumulando en sus manos capital y medios de producción, transformando la concepción anterior de la propiedad y sus funciones, fomentando la pequeña propiedad y creando un mercado libre. A largo plazo, su proyecto modernizador evitó el desmembramiento del país, pues constituyó una opción con posibilidades reales de imponer su hegemonía. Durante la dilatación de esa nueva sociedad, las clases trabajadoras fueron sometidas para jugar papeles subalternos. La ideología liberal aportó una filosofía de libertad e igualdad, aunque en un México burgués. El México trabajador debió, aún, esperar su oportunidad histórica. Los artesanos, los pescadores, los arrieros, los vaqueros, los campesinos, los obreros, los peones y todos aquellos hombres y mujeres, mestizos, mulatos, purépechas, mazahuas u otomíes, fueron sometidos a los proyectos contrapuestos de la oligarquía criolla y de los mestizos y criollos de las clases medias y de la naciente burguesía liberal. De hecho,

se sujetaron al desenlace del choque en el cual se hallaron enzarzados los nacientes sectores sociales y las clases dominantes hegemónicas.

El liberalismo michoacano tuvo tempranera raigambre, pues desde la independencia política de la Nueva España, se expresó en la forma de una corriente federalista y anticlerical. Esa primera generación preparó el advenimiento de una segunda, más resuelta y audaz, y menos adicta a la tradición colonial. Ello convirtió a Michoacán en una pieza política clave. Destacado promotor de la segunda oleada liberal fue Melchor Ocampo, miembro de una familia descendiente del criollismo independiente y dueña de la hacienda de Pateo, en el distrito agrícola de Maravatío. Interesado en la modernización de la agricultura regional, pero sensible a la cuestión social y contrario al poder y esquilmos clericales. Como gobernador dos veces, encabezó los ensayos del reformismo de nuevo cuño, experimentados en Michoacán para luego aplicarlos a nivel nacional. Ocampo representó una de las más avanzadas y lúcidas corrientes de su época. Su proyecto fue el de los hombres libres que tenían en la honestidad pequeño burguesa y en la mediana empresa, el pivote de su utopía liberal, la cual nunca se probó realmente. Mantuvo con el clero michoacano una sonada polémica, teniendo como su más destacado contrincante a Munguía, obispo de Michoacán. Esos dos hombres, en las crestas de olas históricas rivales, protagonizaron en Morelia en debate de su época, en el cual se dieron ya todos los elementos ideológicos de la época futura. Nada se decidió realmente entonces, pero ya todo estuvo dado ahí. El conjunto social entero debatió en Michoacán los albores de la marcha hacia la modernidad capitalista.

A raíz del movimiento armado cobijado en 1857 bajo el llamado *Plan de Ayutla*, el cual derrocó a la dictadura santanista y llevó al poder nacional a la segunda generación de liberales mexicanos, en Michoacán se terminó de arraigar un movimiento reformista. Su victoria militar, aunque endeble, les abrió su oportunidad histórica, por lo cual se apresuraron a generalizar la puesta en práctica de sus planes económicos y políticos.

Sin embargo, el partido conservador estuvo lejos de haber sido derrocado, pues se mantuvo como el mayor obstáculo. Papel estelar jugó en la resistencia antiliberal el alto clero michoacano, opuesto activamente a las reformas que le afectaron. En consecuencia, los gobiernos liberales michoacanos actuaron con dureza ofensiva, provocando tal hostilidad del clero que se tuvo que expulsar del estado al obispo Munguía. Este conflicto entre el gobierno y la clerecía terminó convirtiéndose en uno de los asuntos calientes de esa época. Pero la reforma de la sociedad michoacana abarcó, además de la cuestión eclesiástica, la de la educación, el registro civil, la prensa, la sociedad campesina, la hacienda pública, la cultura, etcétera. Sin duda, el clero católico, como las comunidades campesinas, fueron de los sectores más duramente tocados por las reformas. En efecto, la Iglesia fue eliminada como potencia económica y se deterioró su monopolio ideológico, al mismo tiempo que las comunidades se vieron acosadas por una ofensiva decidida para desintegrarlas, lo cual propició la insurrección campesina.

A nivel nacional, todo ello provocó una contraofensiva conservadora y detonó una guerra civil, conocida como la Guerra de Reforma o de los Tres Años, entre 1858 y 1860. De ella se vió relativamente libre Michoacán; pero ante el peligro afrontado, se constituyó un cacicazgo político militar de corte liberal, con el cual se hizo frente a la contrarreforma y se aceleró la aplicación de la política gubernamental. Sin embargo, la arbitrariedad y el predominio de lo militar sobre lo político, causó entre el mismo partido liberal un descontento implacablemente reprimido.

A la larga, se derrotó la contraofensiva armada del conservadurismo y se desintegró el descontento campesino.

Para entonces, la sociedad michoacana se halló hendida por bandos irreconciliables. La contrarreforma se reorganizó en torno de un proyecto monárquico, todavía más peligroso, pues puso en peligro la existencia misma de la República.

Un suceso, como fue el asesinato de Melchor Ocampo, secuestrado de su hacienda en Pateo, mostró hasta dónde estuvieron dispuestos a llegar los sectores más intolerantes, quienes distanciaron la política del ejercicio democrático y del debate ideológico, para sumirla en actos criminales ejecutados como pruebas de poder.

Michoacán se convirtió en un hervidero donde ningún grupo ni proyecto logró prevalecer. Mientras, el conservadurismo cristalizó su alternativa monárquica, propiciando la intervención extranjera para instaurar un imperio en México.

Como resultado, el país sufrió la intervención militar pergeñada en el Imperio francés, encabezado por Luis Napoleón, "el pequeño". La subsecuente guerra provocada por esa decisión, estuvo distante de ser una tregua obligada entre los bandos políticos mexicanos, para dirimir antes la cuestión vital de la soberanía nacional. Por el contrario, la guerra fue una lucha clasista por obtener en los frentes interno y externo, el triunfo definitivo en los campos militar y político. Lucha en la cual el partido liberal sobrevivió y se ganó su implantación irreversible en el territorio mexicano y en el concierto internacional.

Estos años se desarrollaron en el contexto de la competencia por obtener la supremacía, particularmente entre Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, tras la cual emergió la hegemonía del mundo *anglosaxon, white and protestant*. En ese escenario, el gobierno liberal mexicano se vio obligado a suspender temporalmente los pagos de su deuda externa, debido a la crítica situación económica del país. Ello provocó la intervención directa de los gobiernos de los países acreedores (España, Francia e Inglaterra), cada uno de los cuales tuvo intereses diferentes, además de los del mero cobro de lo adeudado. España se interesó en la reinstauración del dominio español o, al menos, en la implantación de un príncipe hispano. Inglaterra deseó prevenirse de las pretensiones estadounidenses sobre el Canadá. Y Francia acarició el proyecto de un imperio "latino", para bloquear el expansionismo estadounidense y el republicanism que amenazaban la existencia de las monarquías europeas. Para ello, en contubernio con sectores mexicanos se pensó instaurar una monarquía asociada al apoyo francés. A principios de 1862, las tres potencias citadas enviaron fuerzas militares expedicionarias a tomar el puerto de Veracruz. Después de las negociaciones del gobierno mexicano con los representantes español e inglés, los contingentes de Inglaterra y España se retiraron.

Pero en 1863, Francia, empecinada en llevar adelante sus proyectos, prosiguió con sus planes de invadir el interior del país. Después de ocupar la ciudad de México el mes de junio, la comandancia francesa formó una Asamblea de Notables para que nombrara una regencia espuria, adoptara legalmente la monarquía como forma de gobierno y recabara adhesiones públicas. En esa asamblea, Michoacán se vio representado por individuos de su más aneja aristocracia conservadora. También ese mismo año, se dió a conocer la candidatura del archiduque austriaco Maximiliano de Habsburgo para ocupar el trono mexicano, con la aprobación inglesa, el patronazgo francés y la complicidad del conservadurismo monárquico mexicano. Ante esa conducta, el gobierno mexicano sólo le quedó oponer resistencia armada. Desde entonces, dos formas de gobierno funcionaron en el país, desatándose una cruenta lucha a muerte entre ambas.



Un suavo

Para el emperador francés, Luis Napoleón, esa aventura fue un monumental error, el cual le costó a la postre su carrera y la desintegración del quimérico Imperio francés.

A diferencia de las guerras de conquista emprendidas en América por España, Portugal e Inglaterra, la invasión francesa, aunque fracasó, fue ya una verdadera guerra imperialista del moderno capitalismo internacional. Desde el punto de vista de la estrategia y táctica militares, la aventura francesa en México marcó las pautas de las subsecuentes agresiones imperialistas, sobre los países objeto de la codicia capitalista.

Ante los acontecimientos, el gobierno estatal michoacano llamó, en abril de 1862, a la resistencia armada contra la invasión francesa, mientras se acrecentó la agitación conservadora y algunos liberales vacilantes defecionaron. Además, como en el partido liberal se enraizó una crisis interna crónica, ésta estalló provocando la caída del cacicazgo del gobernador, general Epitacio Huerta. Pero la inestabilidad política del liberalismo estatal persistió, lo cual dificultó los aprestos militares. Por eso, éstos carecieron de continuidad y homogeneidad. Las diferencias entre los grupos políticos liberales imposibilitaron conformar una alianza cerrada frente a los agresores. De hecho, fueron varias las jefaturas y los grupos sucedidos en el encabezamiento de la lucha. En el proceso se recompusieron varias veces los cuadros militares y políticos de los liberales.

El ejército republicano debió reorganizarse constantemente ante cada descalabro sufrido a manos de los invasores. Lo mismo debió hacer el gobierno del estado de Michoacán y las autoridades civiles en los territorios libres. Y cada una de esas

reorganizaciones significó un cambio de las bases políticas regionales sustentadoras del gobierno y el ejército. Por esa causa, quienes tomaron sucesivamente el mando michoacano fueron, a veces, otros diferentes de quienes iniciaron la lucha.

Simultáneamente, el alto clero michoacano en el exilio se comprometió activamente con el proyecto monárquico y con el reforzamiento de la autoridad eclesiástica (Munguía ascendió a arzobispo de Michoacán, José Antonio de la Peña fue nombrado primer obispo de Zamora y Labastida llegó a la cumbre de la jerarquía mexicana como arzobispo de México). Su afiliación fue clara, pues incluso el arzobispo Labastida se prestó a fungir como uno de los regentes provisionales impuestos por la intervención francesa.

En septiembre de 1863, los obispos desembarcaron en Veracruz, al amparo de las armas francesas. Labastida, viviendo el mayor lance de su vida, se incorporó a su ministerio y a la regencia, pero sólo para terminar enfrentándose a las medidas liberales aplicadas por los interventores, lo cual le costó su puesto como regente.

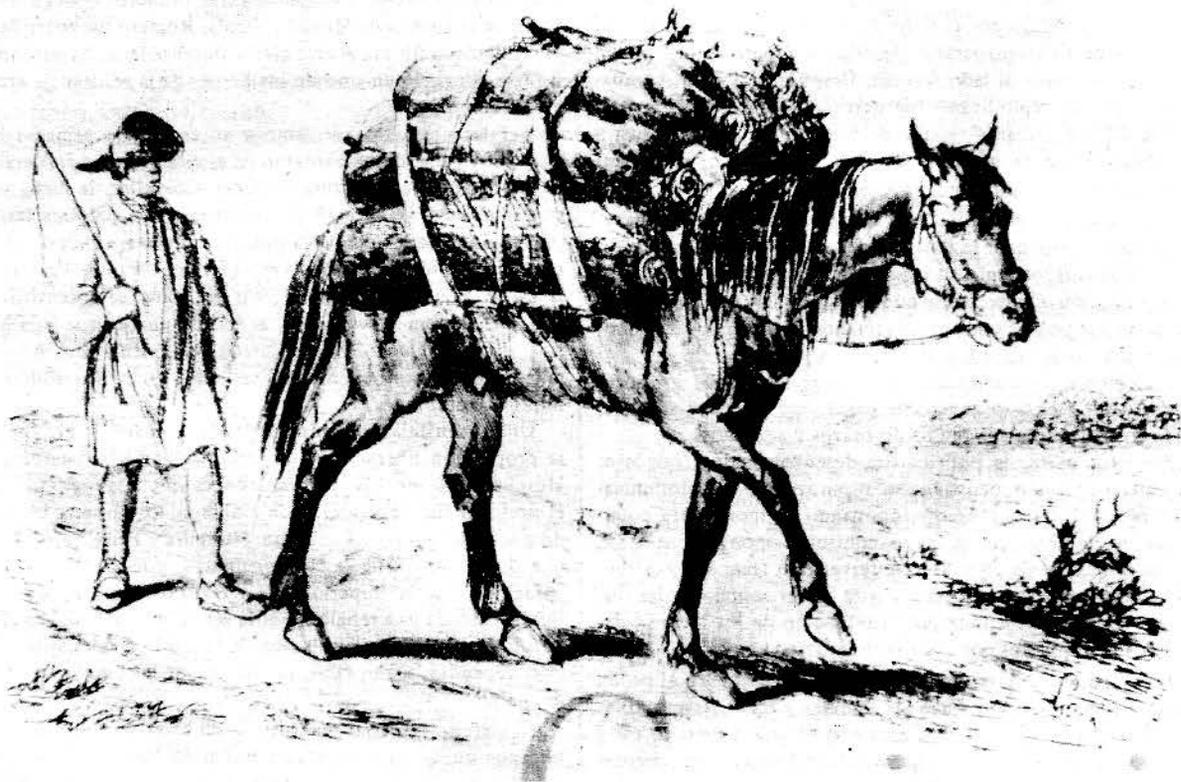
Las cartas estaban echadas, el juego corrió ya, inclemente, sin detenerse. El debate ideológico quedó sujeto al servicio de las armas, ahora las decisivas. En Michoacán ocurrieron algunas primicias de los combates, con algún levantamiento prointervencionista. El mismo mes de septiembre, las fuerzas franco-mexicanas se citaron en Acámbaro para iniciar su campaña en el occidente del país. La última oportunidad histórica del conservadurismo decimonónico se jugó en la partida. Una vez más, Michoacán abrió sus campos; esta vez para sellar el destino del siglo, precisamente.

La ocupación militar

La incursión francesa tuvo entre sus prioridades la de la ocupación inmediata del occidente de México. Para ello, se destacaron fuerzas francozuavas y mexicanas; estas últimas encuadradas por antiguos militares mexicanos de los ejércitos conservadores y con infantería formada con leva y soldados republicanos apresados. Ante esa ofensiva, el gobierno michoacano decretó el estado de sitio, puso a buen recaudo los archivos públicos, sentó las bases organizativas de las guerrillas para la resistencia armada, previó la recaudación fiscal en la clandestinidad y declaró a Uruapan capital sustituta del estado (aunque se esperó hasta el último momento para evacuar Morelia).

El 27 de noviembre de 1863, irrumpieron las primeras fuerzas invasoras, procedentes de Toluca, al cruzar la frontera del estado. La defensa michoacana fue fácilmente repelida. El gobierno estatal levantó su protesta y desconoció todo acto de gobierno ejecutado por los ocupantes extranjeros y sus aliados mexicanos.

Tres días después, en la mañana del día 30, se hizo repicar las campanas de la catedral moreliana, cuando los invasores penetraron pacíficamente en la ciudad. Desde la colina de Santa María, el gobernador y sus acompañantes, quienes habían salido poco antes, observaron la ciudad enmarcada por un fértil valle regado por dos ríos y rodeado por un cinturón montañoso. Solamente ellos supieron qué pensamientos cruzaron entonces por sus mentes, pero difícilmente pudieron imaginar, ese plácido día de aquel otoño, las vicisitudes de los próximos tres años de guerra en las tierras michoacanas. Ese puñado de



patriotas contemplando su ciudad, representaron en ese paisaje, a los hombres y a las mujeres con la difícil empresa de hacer sobrevivir tanto a la República liberal, como a la nación misma.

Con la luna en cuarto menguante, la noche de ese día cobijó el acuchillamiento silencioso de dos oficiales zuavos, aventurados por las calles de Morelia. No toda la ciudad hospedaba a los invasores. Entonces, ellos lo supieron.

Después de Morelia, se continuó con la ocupación tomando Tanhuato y Yurécuaro (ya desde antes en manos de mexicanos prointervencionistas), así como La Piedad, Zamora y Los Reyes. Abogados y comerciantes colaboracionistas, fungiendo como agentes, organizaron una red de informadores por medio de arrieros, vendedores de anchera y otros individuos cuyas ocupaciones los mantenían recorriendo el territorio. Michoacán se fraccionó en regiones adictas, ocupadas y resistentes. Por ejemplo, el valle moreliano, el norte zamorano y la ciudad de Pátzcuaro fueron enclaves adictos a la intervención y a la monarquía; mientras el suroeste tierracalienteño y el oriente michoacanos, con poblados como Uruapan, Zitácuaro y Tacámbaro, fueron bastiones del liberalismo en armas.

En la ocupada Morelia, se procedió a nombrar prefecto político y jefe de armas, se regresaron algunas propiedades expropiadas al clero por el gobierno estatal, se volvieron a enclaustrar las monjas y se desreglamentó el culto externo.

Entretanto, el gobierno michoacano se instaló en Uruapan, donde se inició la impresión del periódico oficial: *La República*. Y la defensa quedó a cargo de la división michoacana del Ejército Republicano del Centro, el cual agrupó a las fuerzas de Jalisco, Michoacán, Colima, Guanajuato, Querétaro y México. Conforme el conflicto bélico se fue extendiendo, en algunas regiones la resistencia fue rebasando su carácter oficial, transformándose parcialmente en una guerra popular.

La contraofensiva michoacana se inició el 17 de diciembre, con un ataque masivo sobre Morelia del Ejército Republicano del Centro, dirigido por el indeciso general José López Uruga, miembro de una aristocrática familia moreliana, quien posteriormente se pasó al lado francés. Después de fuertes combates, el ejército republicano fue derrotado espectacularmente. El día 19, un jadeante caballo dejó en la plaza de Uruapan a un chinaco con la noticia: *¡Pues la amolamos! ¡El general Uruga nos hizo ir a estacar la zalea en Morelia!*⁴

Poco después, el día 22, una fuerza zuava llegó a Zamora. Su general entró bajo la lluvia, embozado en una capa argelina blanca, caracoleando su caballo en medio de las ovaciones de la población. Consecuente con la inclinación política e ideológica de sus poblaciones predominantes, desde ese día Zamora se mantuvo adicta al Imperio hasta su final.

Finalmente, el primer día del año siguiente, los invasores entraron a Uruapan para hacerle pagar caro su apego al liberalismo, entregándola a la rapiña de zuavos y argelinos.

Por otra parte, la política fue desarrollándose también. En cada población ocupada, se promovieron los pronunciamientos públicos por escrito apoyando la monarquía como forma de gobierno. Y el clero continuó oponiéndose a las disposiciones de los jefes de la intervención francesa, esperando la instalación del emperador para poder solucionar las discordias (como la suscitada por la retención de los bienes eclesiásticos expropiados por el gobierno juarista).

En el campo se instauró la confusión y se quebró el orden social. El bandolerismo plagó los caminos y las contraguerrillas de los ocupantes extranjeros asolaron el país. Como en todo nuevo rompimiento del orden social, el finiquito de cuentas pendientes tomó la forma de venganzas, persecuciones y toda clase de desmanes.

Para colmo, las relaciones entre el gobierno michoacano y la jefatura del ejército republicano se dañaron. El gobernador Felipe Berriozábal renunció, para ser sustituido por el general Juan B. Caamaño, quien fue apoyado por un grupo político de Coeneo y Quiroga. Pero sus diferencias con otros grupos regionales terminaron por restarle confianza.

Sin duda, la situación obligó a los individuos a tomar posición, pues varios liberales desertaron e, incluso, algunos se asociaron al proyecto imperial. Si bien las defecciones producidos mermaron el bando republicano, tuvieron la ventaja de desbarazarlo de indecisos y agentes dobles, fortaleciendo así sus núcleos más consolidados.

Las fuerzas zuavas tomaron Zitácuaro. Esta población liberal fue cabecera de una zona donde el campesinado (quizá mazahua en su mayoría) se inclinó en favor de los invasores, quienes podían atender sus aspiraciones agrarias y su deseo de restaurar el culto externo. Pero la torpeza de los ocupantes y su falta de perspicacia social los hizo cometer errores, gracias a los cuales los campesinos acabaron por apoyar a las tropas republicanas, cuyos asombrados jefes encontraron en ellos ayuda adicional.

En el mes de abril de 1864, Maximiliano aceptó el trono mexicano y disolvió la Regencia, dando ya existencia formal al Imperio de México. Al mes siguiente, la prefectura política de la Morelia posesionada dió a conocer medidas para censurar la prensa, para formar fuerzas rurales subvencionadas por propietarios y vecinos acomodados y para otros propósitos.

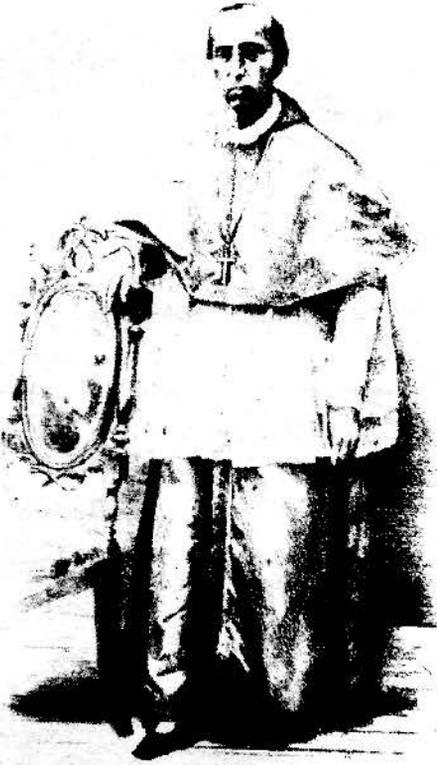
En Pátzcuaro se estableció una guarnición permanente de moradores adictos al Imperio, sumándose a las guarniciones ya establecidas en Morelia, La Piedad y Zamora.

Por su lado, la hostilidad republicana se mantuvo organizadamente en la región de Zitácuaro, donde se incorporó uno de los jefes chinacos más célebres: Nicolás Romero. Espléndido jinete, mestizo oriundo de la región otomí de Nopala en el Hidalgo magueyero, trabajador rural primero y luego obrero textil en la cuenca de México, Nicolás Romero fue guerrillero liberal desde la última guerra civil y durante la lucha antimperialista se convirtió en uno de los héroes de la resistencia armada en el campo.

Así las cosas, Maximiliano y su esposa, la princesa belga Carlota Amalia, desembarcaron en el mes de mayo en Veracruz, para cristalizar la aventura francesa. Con ellos, la lucha social en Michoacán se engarzó al itinerario de la patética tragedia personal de esa pareja de la nobleza europea, cuyas decisiones costaron la vida a un sinnúmero de michoacanos. El drama, a la sazón apenas empezado a vivir por ellos, se desarrolló en una sociedad en movimiento, al filo de una encrucijada histórica, en la cual la violencia desatada dejó poco a la razón y mucho al poder económico y militar como elemento último para imponer voluntades.

Una vez instalado el emperador Maximiliano, se hizo patente la propensión liberal de éste. Como la prefectura imperial de Morelia tomó medidas favorables al clero y a la prensa clerical, el prefecto fue destituido. Sin embargo, los obispos, incluyendo a los michoacanos Labastida, Munguía y Peña, consideraron que debía aprovecharse la oportunidad, pues "la gracia de reparación" que el Imperio vino a realizar en desagravio de la Iglesia católica y la religión, podía ser la última, como en efecto lo fue. Insistieron en la solución de la cuestión eclesiástica, de la cual dependía, según ellos, la solución de los demás problemas del país.⁵

El ejército imperial mantuvo la ofensiva y cuando los republicanos quisieron contratacar tomando Pátzcuaro, por ejemplo, fueron derrotados estrepitosamente. La moral bajó en las filas republicanas, reducidas a ochocientos hombres frente a



Clemente de Jesús Munguía

Clemente de Jesús Munguía, obispo de Michoacán (litografía de Salazar)

resca conducta protocolaria, de las familias distinguidas adheridas al régimen monárquico. Así por ejemplo, la prefectura de Zamora acordó, con motivo de la visita de su emperador, vestir a los señores capitulares de frac y pantalón negros, centro blanco y sombrero redondo. Moverían a risa esos afanes, si no fuera por el costo social implicado en ellos.

El lapso imperial

Aunque Michoacán distó de haber sido dominado totalmente, se le consideró incorporado al Imperio, lo cual se enfatizó con la visita de Maximiliano en octubre de 1864. La importancia conferida al suceso se reflejó en las propias palabras del austriaco:

*nos trasladamos ahora por los montes hacia la turbulenta Morelia, donde el país es más hermoso, el espíritu más vivo, pero también la sangre más caliente. La propia ciudad de Morelia es, como todas las capitales de estado, muy grande y de importancia política y comercial. Es muy liberal y por eso tanto más digna de ser visitada.*⁷

Procedente de León, el visitante llegó a la próspera y devota población de La Piedad y de ahí paso a Panindícuaro donde pernoctó, para luego salir a la hacienda de Tecacho donde fue hospedado. En su trayecto fue protegido por columnas franco-mexicanas y se dispuso de fuerzas de Zacapu, Coeneo, Puruándiro, Quiroga y Pátzcuaro, para cualquier contingencia. Arribó a Morelia a las diez horas de la mañana, vestido con chaqueta y chaleco blanco, pantalonería con botones de plata, sombrero galoneado y una llamativa corbata roja, montando un caballo negro con silla vaquera. Nada agradable resultó al conservadurismo que el emperador se presentara ataviado a la chinaca. Con todo, se le recibió con entusiasmo desbordado:

*En Morelia, la ciudad más peligrosa y políticamente más difícil del imperio, fui recibido con un entusiasmo que todavía no había visto nunca en mi vida; apenas si podía avanzar mi caballo y cuando me apeé la multitud casi me ahogaba. Es un pueblo inflamable y por eso, también peligroso; la ciudad es muy hermosa, tiene ricos palacios construidos con sillería y una maravillosa catedral, también de sillería, con dos altas torres. El campo es risueño y rico.*⁸

El monarca se instaló en casa de una familia aristocrática, pero se esforzó por mantener a raya a la clerecía y ostentar su tendencia liberal, negándose incluso a recibir al implacable conservador Leonardo Márquez, general a cargo de las fuerzas mexicano imperiales en el estado. La estancia de siete días se acompañó del boato desplegado por las familias acomodadas y el cabildo catedralicio. El emperador procedió a sustituir al prefecto Dionisio del Castillo, quien había caído bajo la influencia de los imperialistas más irreductibles. En su lugar, nombró a un acaudalado licenciado de 40 años, Antonio del Moral, honrado conservador independiente, nacionalista y con ideas propias. Aunque favorable a las aspiraciones eclesiásticas, este abogado se opuso a la injerencia extranjera en la conducción del gobierno y el ejército. El nuevo prefecto nombró como su secretario al monárquico Alejandro Ortega, quien, aunque fue hombre de confianza de la jerarquía eclesiástica michoacana, se había distanciado de la opinión de ésta. Ambos hombres mitigaron desde entonces la tiranía militar francesa.

El día 18, Maximiliano partió hacia Toluca, despidiéndose de Michoacán en un banquete en la mesa del puerto de Medina, límite con el estado de México. Nunca retornó.

Por su parte, en Michoacán los republicanos se esforzaron en poner en entredicho al gobierno y al ejército del emperador.

los ocho mil del Imperio, el cual dominó todas las ciudades importantes, excepto Uruapan.

Agravado todo por las pugnas internas, se redujo la resistencia a la guerra de guerrillas:

partidas sueltas, intangibles cuando se les perseguía, imponentes y terribles cuando atacaban por sorpresa, inextingibles en la derrota, pues antes de emprender el ataque, por medio de una cita expresa o por costumbre sabían el punto en que debían reunirse.⁶

Estas guerrillas chinacas que se distinguieron por su uso de las reatas y las lanzas, siempre mantuvieron viva la lucha incluso en los peores momentos. Desafortunadamente, prevaleció la confusión producida por la acción de gavillas de bandoleros, las cuales tuvieron que ser perseguidas o bien, asimiladas a la resistencia con todo y los perjuicios que ello conllevó frecuentemente. Por su parte, el ejército interventor aplicó una política contraguerrillera y adoptó también a los bandoleros para evitar el uso de éstos por parte de los republicanos.

Pese a la incontenible expansión militar imperial, sólo varada ante tierra caliente, se produjeron defecciones en los contingentes ocupantes. Tal fue el caso de un par de argelinos pasados a las fuerzas republicanas, a las cuales sirvieron hasta su triunfo.

Mientras la campaña de ocupación del estado se desarrolló, las autoridades imperiales administraron la nueva era, dada por asentada, y se preparó el recibimiento del emperador en tierras michoacanas, para formalizar el nuevo régimen de gobierno en el estado. Esa supuesta época nueva se abrigó en una caricatu-



Vista de la ciudad de Morelia, donde se observa la calle de Buenavista que baja de las lomas de Santa María, pasando por la garita del sur.

Pero a pesar de ello, la administración imperial funcionó y publicó *La gaceta oficial* como órgano de la prefectura (además se publicaron los periódicos conservadores: *La razón católica* y *La bandera imperial*). Y las fuerzas imperiales continuaron anotándose éxitos, aunque también tuvieron algunos contratiempos, los cuales frustraron entre otros planes, el sometimiento de la zona de Zitácuaro. El intento del Ejército del Centro por volver a emprender una guerra regular se vino abajo, cuando fue destrozado en las cercanías de Jiquilpan, viéndose obligado a retornar a la guerra de guerrillas en las montañas, complementada con la agitación en Morelia, donde una red de agentes logró la desertión de soldados franceses.

Además, las diferencias entre los grupos liberales continuaron dificultando la formación de un frente único y provocando el cambio constante de gobernador y jefes militares. Por lo cual, se alejaron algunos liberales que, a diferencia de quienes claudicaron o traicionaron la causa republicana, se vieron orillados por las circunstancias políticas internas a un retiro voluntario o forzoso. Como el bando conservador, el republicano fue heterogéneo. Cabe esta observación para evitar simplificaciones intencionadas que escindan la historia michoacana en la simple lucha entre patriotas y traidores, con objeto de imponer una justificación política al margen de la explicación crítica y la comprensión científica.

Durante diciembre, en la capital mexicana, Munguía y Labastida se vieron involucrados en el fracaso de las pláticas entre Maximiliano y el nuncio papal para tratar la cuestión eclesiástica. Pese a los ruegos de los obispos, esa ruptura provocó la puesta en vigor de disposiciones liberales, como la de la tolerancia civil de cultos, lo cual deterioró la relación de los obispos con el emperador. Con el tiempo, el clero le retiró silenciosamente su apoyo, mermándole así una de sus bases políticas.

La persistente resistencia michoacana se vio amenazada por otro despliegue ofensivo. Este consistió en la ocupación militar del conjunto del territorio del estado y en la promoción de otra campaña política de pronunciamientos firmados en favor del Imperio. En consecuencia, ocho mil hombres otorgaron a éste el dominio territorial en demérito de los tres mil quinientos del Ejército del Centro. Repercusión negativa fue la toma de prerrogativas tanto militares como de gobierno, por parte de los jefes del ejército expedicionario francés.

Con ese alarde, el Ejército del Centro y el gobierno estatal se vieron acosados. La derrota, aprehensión y fusilamiento del legendario guerrillero chinaco Nicolás Romero fue un golpe militar y moral, al cual se sumó la caída de los baluartes de Zitácuaro y Uruapan. El ejército y el gobierno se vieron reducidos a sus propias fuerzas, sin apoyo directo de otros estados (aunque el desarrollo de los combates en el resto del país sí llegó a favorecer su situación).

A pesar de todo, las circunstancias mejoraron cuando los jefes franceses decidieron, presionados por órdenes superiores, abandonar su favorable posición en Michoacán, reduciendo sensiblemente su presencia. Ello facilitó al nuevo gobernador del estado, general Vicente Riva Palacio, el retendido de los hilos de la cohesión desmoronada, instalando en Tacámbaro el gobierno estatal y el cuartel general del Ejército del Centro. El Imperio, para paliar el vacío dejado, envió una legión belga para establecerla en Zitácuaro y Morelia. Y se practicó en ambas regiones la política típica de las guerras imperialistas modernas, consistente en el asolamiento del territorio ocupado, para reducir el apoyo popular brindado a las guerrillas chinacas. Después, se ocupó también Tacámbaro donde se estableció otra guarnición belga. De esa manera, se abrió el segundo periodo de la guerra, presidido por las tropas belgas, las cuales gozaron

de la confianza preferente del emperador. En ese tiempo, fueron patentes las diferencias entre franceses, belgas, monárquicos mexicanos y clero católico.

El Ejército del Centro cayó sobre Tacámbaro, donde libró un combate atroz, tras el cual se derrotó a la guarnición belga. El hecho provocó en Bélgica la puesta en duda de la participación de ese país en el apoyo al Imperio mexicano. Y en represalia, se llevó en Zitácuaro a sus últimas consecuencias la táctica de asolamiento, aplicando la de tierra arrasada, quemando Zitácuaro y poblados circunvecinos, asesinado y apresando hombres y animales. Ahí se conoció cómo el supuesto proceso civilizador emprendido por las potencias imperialistas de la época, tomó en sus manos las vidas y los destinos de las víctimas de su ambición depredadora.

Pese al retiro del apoyo francés, las recompuestas fuerzas imperiales llegaron a levantar diez mil hombres, manteniendo su superioridad sobre el ejército republicano, el cual ascendió a cuatro mil elementos, pero dispersos y fraccionados. Con todo, el ejército republicano, siempre recomponiéndose una y otra vez, emprendió otra campaña ofensiva, logrando tras sangriento combate, derrotar a las fuerzas estacionadas en Uruapan, aunque después debieron batirse en retirada dada la imposibilidad de retener la ciudad. Pero, como también le ocurrió sucesivamente, luego del resurgimiento se sucedió otra sonada derrota en julio, cuando se produjo un desastre total cerca de Tacámbaro, donde los belgas obtuvieron su satisfacción militar. Con esa batalla, el Imperio logró finalmente el triunfo militar en Michoacán. . . sólo mientras de las cenizas volvía a emerger la resistencia.

En junio de 1865, el arzobispo Munguía abandonó el país, rumbo a Roma, con pretexto de atenderse la vista, la cual efectivamente estaba perdiendo. En esa ciudad continuó interviniendo en asuntos mexicanos, pero aunque mantuvo correspondencia con el cabildo catedralicio, de hecho, su partida marcó el fin de su carrera política y su desaparición del escenario michoacano, donde fue memorable polemista defensor de fueros y atavismos.

A mediados de julio, el predominio belga finalizó para dar paso al de las fuerzas mexicanas adheridas al Imperio, al mando de Ramón Méndez, nombrado comandante imperial de Michoacán, Méndez, oriundo de Ario e hijo de un humilde velero, fue soldado en las tropas conservadoras, en las cuales hizo su carrera. Firme partidario del Imperio, tomó el mando del llamado Batallón del Emperador, el cual condujo exitosamente, encabezando el último periodo del combate monárquico.

En ese mismo mes, al prefecto político imperial Antonio

del Moral se le aceptó finalmente su renuncia, después de haberla presentado en varias ocasiones, siempre debido a su posición independiente, contraria al intervencionismo extranjero en la administración pública.

En octubre, el supuestamente extinto ejército republicano volvió a levantarse en Uruapan, pero sólo para que una parte fuera derrotada estrepitosamente por el ejército imperial. Este aplicó férreamente la política de luchar a muerte sin clemencia ni prisioneros, a los cuales pasaron por las armas, particularmente cuando se trataba de oficiales, incluyendo al general José María Arteaga comandante del Ejército del Centro. A pesar de todo, otra parte del ejército sobrevivió, aunque dispersa, sin cohesión y sin municiones. En tierra caliente, su último refugio, fue tirando literalmente en la miseria. En cambio, el ejército imperial marchó en grandes columnas combinándose con sus guerrillas y contraguerrillas.

El gobernador Riva Palacio asumió el mando del ejército y en noviembre, para exasperación de sus enemigos, éste logró recuperarse nuevamente y emprender batidas de resistencia, al mismo tiempo que se mantuvo funcionando al gobierno civil. Aunque el triunfo estuvo fuera de su alcance, continuó viva la voluntad republicana.

En diciembre, el obispo del recién fundado obispado de Zamora llegó escoltado por soldados, a tomar posesión de la sede de su diócesis. Fue recibido con solemnidad y regocijo. El prelado se mantuvo en su puesto durante todo el resto del Imperio, estableció la curia y el cabildo y fundó su seminario.

En el transcurso de la campaña bélica, el general Méndez notificó la existencia de prometedores placeres de oro. El espíritu empresarial pudo estar presente en esa observación. En efecto, el inventario de recursos y las perspectivas de inversión interesaron tanto a la intervención francesa como al conservadurismo mexicano. Desde los albores de la injerencia extranjera, el canónigo de la catedral moreliana, José Guadalupe Romero, hizo publicar sus *Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán*. Y ya en pleno Imperio, el mismo autor hizo imprimir unas *Noticias estadísticas sobre el partido de Coalcomán*, para mostrar las favorables condiciones ahí existentes para la colonización regional y extranjera.

Cuando se extinguía el año de 1865, la intromisión francesa se hizo cada vez menos tolerable, aunque algunos monarquistas la siguieron considerando como una garantía para la existencia del Imperio. Pero para otros, se podía volver a ganar el apoyo del campesinado si a cambio se restablecía la seguridad pública, manteniendo fuera a los militares franceses "universalmente odiados":

Michoacán no ha recibido de ellos otra cosa que multas, despotismo y depredaciones. El ejército francés es causa aquí de más descontento que las bandas disidentes.



Templo parroquial de Huetamo de Núñez, al fondo de la calle de San Juan

El clero michoacano, siempre atento a sus intereses, regularizó sus asuntos internos ante la ausencia de Munguía y escribió a éste para alentarle a oponerse en Roma al buscado concordato entre el Imperio y la Santa Sede, pues el cabildo eclesiástico michoacano temió perder sus atribuciones si este concordato se acordaba. Pese a la ya franca oposición clerical al Imperio, éste siempre se interesó en tener como uno de sus pilares a la Iglesia católica mexicana, si bien para ello deseó reformarla conforme a criterios liberales. Muestra de ello fue la solicitud del imperial Ministerio de Justicia al obispo de Zamora, para que procediera a erigir un seminario en su diócesis.

En febrero de 1866, el ejército republicano logró dos victorias, la primera en Ario y la segunda en el cerro de La Magdale-

na, cerca de Uruapan. Además, después de una emergencia suscitada en Tuxpan, felizmente resuelta por la acción solidaria de los grupos liberales armados de las zonas de Zitácuaro y del valle de Toluca, se reconciliaron ambos grupos anteriormente distanciados. Hubo pues, momentos ejemplares también en las filas liberales, aunque lamentablemente la tónica fue otra. Así, cuando el Ejército del Centro retornó a la guerra regular enfrentándose infructuosamente a las huestes imperiales en un llano cerca de Uruapan, los jefes estatales y los agrupados en torno al presidente Benito Juárez entraron en conflicto. Ello condujo al desplazamiento del general Vicente Riva Palacio como jefe militar, perjudicando su ascendencia política alcanzada entonces. Vicente, chilango nieto del consumidor independentista Vicente Guerrero e hijo del hacendado y político Mariano Riva Palacio, liberal hasta la médula, abogado, escritor, hombre de acción y singular protagonista de su tiempo, se vio obligado a solicitar licencia para salir temporalmente hacia la tierra de su abuelo, Guerrero, donde tenía ligas. Debido a ese contratiempo, por enésima vez se hizo un cambio general de cuadros políticos y militares, esta vez inclinando la balanza hacia los allegados del general Nicolás Regules. Los acontecimientos, implacablemente, hicieron un lado a los hombres para dar paso al ascenso del poder, aunque entonces éste fuera sólo potencial en el horizonte futuro.

En marzo, la situación de los republicanos se vio nuevamente agravada por el envío de nuevas fuerzas imperialistas a Michoacán, formadas por Cazadores de África, zuavos y tiradores argelinos. La milicia imperial de esa manera reforzada y renovada, entró en una intensa actividad sin tregua. Quizás, ese fue el periodo militar más favorable al Imperio. A pesar de ello, la ya desgastada resistencia republicana se mantuvo activa, aunque fuera con campañas temporales de guerrillas chinacas, que se disolvían con todo y sus caballos y armas en épocas de siembra y cosecha.

En Roma, el derrotado Munguía, quien como Labastida, consideró ya perdida la situación de su iglesia, renunció al arzobispado de Michoacán y sugirió como obispo coadjutor con derecho a sucesión a José Ignacio Arciga, oriundo de Pátzcuaro, egresado del seminario de Morelia y canónigo de la catedral moreliana. Pero el Imperio negó el pase a la bula papal correspondiente, por lo cual, Arciga sólo fue consagrado hasta después de la caída de Maximiliano. Para Munguía, el "enfermo" país mexicano había entrado en agonía:

comparado el estado de mi espíritu desde que llegue a París, con el que tenía cuando estaba en Roma, respecto de las cosas de México, puede decirse que allá tenía si no esperanzas, por lo menos ilusiones, pero ahora y aquí no tengo nada sino el convencimiento de que todo está perdido.¹⁰

A despecho de ese fatalismo simplificador, el más realista obispo Peña de Zamora, continuó trabajando en su diócesis cuyo territorio dió en visitar. A la larga, con esa conducta se abrió el camino de su sobrevivencia de la extinción del Imperio.

En junio, los republicanos recuperaron para nunca más perder el dominio coartado por un tiempo en tierra caliente, donde —de hecho— el Imperio dejó de existir. Pero el Ejército del Centro, otrora operante en varios estados, redujo su acción a una fracción del territorio michoacano. Asimismo, el gobierno estatal establecido en Huetamo vió reducida su jurisdicción en las zonas de Huetamo propiamente dicho, Zitácuaro, Ario, Tacámbaro y Apatzingán. Como entonces las comunicaciones con el gobierno nacional se hicieron imposibles, el estatal y el ejército actuaron autónomamente durante una temporada.

Sólo un cambio favorable en la situación internacional y na-

cional pudo hacer salir a los republicanos de su callejón sin salida. Francia terminó abandonando deshonorosamente a Maximiliano, pieza desgraciada del ajedrez político internacional, quien careció de la inteligencia y prudencia suficientes como para abdicar, tan pronto como se percató que gran parte del pueblo mexicano lo rechazaba. El apoyo militar francés se retiró, los Estados Unidos —recuperados de su guerra civil— se opusieron a la presencia francesa, las fuerzas republicanas en el Norte y Noroeste del país ganaron terreno y se hicieron imbatibles en Tamaulipas, el valle de Toluca y el camino de México a Veracruz.

Tan pronto como empezó la evacuación extranjera del estado, los republicanos fueron aprovechando la situación. Ciertamente, nunca lograron derrotar a los invasores en Michoacán, pero tampoco éstos lograron exterminar a sus enemigos. La estrategia republicana de llevar adelante una guerra prolongada de resistencia, dió sus frutos al hacer posible el restablecimiento de la República liberal, tan pronto como la invasión y el Imperio fueron finiquitados.

La proximidad del desenlace se presintió, Michoacán empezó a desperezarse después de esa su dilatada noche imperial. El entusiasmo renació, mientras la emperatriz Carlota salió, desesperada, a oponerse a que el régimen francés le arrancara el apoyo a su ya imaginario imperio. Sólo fue a encontrar el infinito crepúsculo de su vida, victimada en intrigas palaciegas y en un oscuro complot para silenciarla y reducirla al encierro, atrás de una dudosa como oportuna leyenda de locura súbita. Después de su depedida de Maximiliano, todavía vivió Carlota Amalia ¡sesenta y un años! secuestrada en residencias de la Casa Real belga. Duro castigo el suyo.

Huetamo, en cambio, simultáneamente al tiempo de Carlota Amalia, vivió el suyo propio, tan diferente como fueron los espacios sociales de ella y el de un pueblo asediado pero de pie. Ahí, en tierracalienteña, Vicente Riva Palacio, después de haber paladeado café traído desde Uruapan, le dictó a su secretario unos versos para publicarlos en *El pitoreal*, el satírico periódico local distribuido entre ancheteros y varilleros en la plaza dominguera de Huetamo, desde donde lo regaban a lo largo del estado. A los versos la chinacada presta les puso música, transformándolos en el canto popular antimperialista por excelencia de la última y decisiva etapa de la resistencia armada:

*Alegre el marinero
con voz pausada canta,
y el ancla ya levanta
con extraño rumor.
La nave va en los mares,
botando cual pelota:
¡Adios, mamá Carlota,
adios, mi tierno amor!*¹¹

La desintegración

Después de la evacuación francesa, la fuerza imperial mexicana al mando de Méndez quedó dueña de la situación, aunque tampoco logró exterminar la resistencia armada. Sin embargo, entre septiembre y noviembre de 1866, logró sonados triunfos sobre el Ejército del Centro.

Aún así, a veces los republicanos pudieron pasar a la ofensiva, aunque desunidos. En la región de Zitácuaro, el general Riva Palacio encabezó una campaña con los reagrupados jefes chinacos. Y en otra parte del estado y por separado, el Ejército del Centro al mando del general Regules, afrontó la implacable persecución imperial y varias derrotas ante ella, distanciado

NOTICIAS

PARA FORMAR

LA HISTORIA Y LA ESTADÍSTICA

DEL

OBISPADO DE MICHOACÁN

PRESENTADA

A LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA EN 1860

POR SU DICTO DE NUMERO

El Sr. Dr. D. José Guadalupe Romero

CANONIGO DOCTORAL DE LA SANTA IGLESIA
CATEDRAL DE MICHOACÁN

MEXICO

IMPRESA DE VICENTE GARCIA TORRES

Calle de S. Juan de Letran núm. 3

1862

Portada de la primera edición de las Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán

de los republicanos de las áreas de Huetamo y Zitácuaro. Diversas circunstancias llevaron a la escisión, obligando a Riva Palacio a abandonar definitivamente el estado, quedando el ejército republicano reducido a su mínima expresión. Por fortuna, en tierra caliente una fuerza republicana continuó activa encabezada por el coronel José Vicente Villada. Por su parte, el gobernador michoacano Justo Mendoza enfrentó otro conflicto entre políticos liberales, para impedir la anexión del departamento de Coalcomán al estado de Colima.

Aunque las fuerzas imperiales tuvieron claramente el predominio en el estado, el agravamiento de la situación general del Imperio de Maximiliano obligó a concentrar sus fuerzas, entre ellas las de Michoacán, dejando así el campo libre al ejército republicano y al gobierno estatal. En diciembre, al evacuarse Uruapan, éste fue rápidamente ocupado por los hombres del coronel Villada, único ejército regular en todo el estado. Fue recibido con el entusiasmo de sus vecinos, convencidos de que el Imperio se había retirado de ahí para siempre.

Al iniciarse 1867, aunque sólo se contaba con el contingente de Villada, brotaron por doquier pequeñas partidas, las cuales se fueron uniendo hasta levantar una ola ofensiva que fue cubriendo el territorio michoacano. La hora de la reinstauración republicana se acercó y sus partidarios michoacanos se aprestaron a acudir a la cita: "era como la labor subterránea de un volcán próximo a estallar".¹² Uruapan fue el centro donde, ferilmente, se irguió otra vez el Ejército Republicano del Centro. De ese lugar se partió para tomar a sangre y fuego el bastión

monarquista de Pátzcuaro. De inmediato, se fueron reinstalando las instituciones como los ayuntamientos y las dependencias judiciales.

El 5 de febrero, el ejército expedicionario francés abandonó la capital del país, rumbo a Veracruz, para embarcarse hacia Francia. El arzobispo Labastida lo despidió y ese mismo día renunció a su cargo, para prepararse él mismo a abandonar México. Lo supo bien, era el principio del fin. Ese mismo día, el Ejército del Centro tomó el más caro bastión del conservadurismo monárquico en Michoacán: Zamora. Fue el golpe de muerte. Militar y políticamente, "con el ataque a Zamora acabó en Michoacán la guerra de intervención".¹³

El día 13, Morelia fue evacuada por el nunca realmente derrotado ejército imperial mexicano. La tarde de ese mismo día, una pequeña partida de caballería republicana entró en la ciudad. El día 17, el Ejército Republicano del Centro y fuerzas guerrilleras entraron en medio del repique a vuelo de las campanas, el tronar de cohetes y el júbilo de sus simpatizantes morelianos. Al día siguiente, arribó el gobernador Justo Mendoza quien reinstaló ahí la capital estatal. Y el día 20, el ejército partió para sumarse a la batida final de Querétaro.

Entonces, al hacer para la posteridad el recuento de los hechos, fue fácil referir las barbaridades imperialistas; más difícil fue relatar las cometidas por los propios republicanos. La guerra tuvo más colores que el blanco y el negro dibujados por los vencedores. La guerra fue una quiebra atroz del orden social prevaleciente, detonante de reacciones muchas veces incontroladas, las cuales infringieron sufrimiento humano desmedido, injusto, arbitrario. La historia de la guerra estuvo llena de innumerables tragedias colectivas y personales. Fue el costo social del conflicto. Motivo adicional de reflexión.

Como todo movimiento, el liberal adoptó mitos propios para agitar a los sectores que convocó y sobre los cuales se apoyó. Por ello, se difundió una visión histórica específica basada en un nacionalismo liberal y en un culto desmedido, casi religioso, a los "héroes de la patria". Pero una cosa fue satisfacer las necesidades políticas y otra confundir las ideas con la realidad. Si se desea sacar conclusiones de los acontecimientos, se requiere atenerse a los hechos en todas sus vertientes. Debe ubicarse la lucha del pueblo michoacano en dónde y como se produjo, independientemente de cómo los esquemas ideológicos de ambos partidos quisieron mostrarlo.

Secuelas

El conglomerado militar arribado a Morelia fue otro diferente, al del puñado de liberales de aquella mañana de noviembre de 1863, quienes desde la colina de Santa María vieron perdido su destino en un incierto futuro. La guerra modificó la composición y los intereses del partido liberal en Michoacán. La guerra concluyó, pero la política siguió viva, sucediéndose el ajuste de cuentas y la lucha por el poder. La cosecha política estaba por levantarse. Michoacán, recuérdese, siguió siendo una sociedad en movimiento.

Al reinstalarse el gobierno estatal, éste procedió a reabrir el Colegio de San Nicolás, máximo centro educativo liberal en Michoacán. Se instaló el congreso estatal y se efectuaron elecciones para nombrar gobernador. Después, se llevó a cabo una política de "mejoras y adelantos".¹⁴ Se continuó, con bajas y altas, con la reforma agraria para desintegrar a las comunidades campesinas.

Los hombres y las mujeres involucrados en los acontecimientos tuvieron las más disímiles suertes. A algunos la experiencia



les costó la vida. Quienes lucharon en el bando republicano optaron por retirarse de la vida pública o continuar en ella, en algunos casos emprendiendo exitosas carreras políticas. Los soldados fueron licenciados en la miseria. Algunos de los liberales que defecionaron y sirvieron a la causa monárquica huieron del país, al cual retornaron cuando el régimen porfirista lo permitió.

Respecto de los jefes militares conservadores más acérrimos, fueron pasados por las armas cuando fue posible aprehenderlos. En general, quienes se involucraron en la aventura monárquica de una manera intransigente, corrieron la peor suerte, y quienes se avinieron a negociar lograron readaptarse y hasta prosperar en la República restaurada. El ultramontano arzobispo Munguía, quien ascendió como ideólogo ilustrado sirviendo a su iglesia más que a su pueblo, terminó como político exiliado. Todo intento por idealizarlo por su obra escrita, debe recordar su papel en acciones que costaron vidas humanas. Por su parte, Labastida logró retornar durante el régimen porfirista y reasumir su arzobispado, para negociar la restructuración de la Iglesia mexicana. Y el obispo Peña continuó construyendo y consolidando su obispado y oponiéndose a las medidas contrarias a los intereses y principios de su iglesia.

Tal como se evita acusar de traidores a los tlaxcaltecas por combatir con los españoles contra los tenochca, con quienes tenían relaciones de pueblos aparte, tampoco se puede llamar desleales a los campesinos, por su apatía en la defensa de un proyecto de nación que les fue ajeno. Pero en el caso de los conservadores, el alto clero y la aristocracia realista, ellos pugnar por un proyecto para perpetuar un mundo opresor del pueblo por el cual pretendieron hablar. Además, quizás los liberales representaron en su momento, el único intento antiaristocrático viable en el futuro de la nación mexicana.

Levantar un país campesino fue una utopía y el Imperio sólo pudo recrear una política paternalista, en vez de una realmente liberadora. La alianza entre campesinos y artesanos no se llevó a cabo. La alianza entre campesinos y trabajadores libres (rancheros y vaqueros) fue inviable y antinatural. La opción liberal fue entonces la que demostró históricamente su razón: a ella se debe la creación y sobrevivencia de la nación mexicana, proyecto en construcción aún hoy en día.

Cada sector social representó determinadas aspiraciones y por ellas luchó. Algunos sectores campesinos o bien apoyaron a la intervención o se mantuvieron neutrales. Pero la chinacada, parte también de los sectores populares, apoyó la resistencia republicana. Hubo pues, base popular en uno y en otro bando. La lucha del pueblo michoacano siguió varios caminos, a veces divergentes. Quizá la moraleja consista en que en todos esos caminos terminó derrotado y todavía busca el adecuado a sus aspiraciones.

Rastro visible en Michoacán de la presencia de franceses y belgas, fueron los llamados "güeros de rancho" (tanto de la región de Tuxpan como en la de la sierra purépecha y en algunas más). Otra consecuencia pudo ser la de la apertura mayor a las inversiones capitalistas anglosajonas, después de haberse mediatizado la competencia francesa. Resultado patente de los acontecimientos fue el premeditado aliento, dado por algunos liberales, a la expansión del protestantismo en México, para afectar el monopolio de la influencia de la Iglesia católica sobre el pueblo y, de esta manera, frenar su intervención en la política. Esto último reforzó los antagonismos entre las poblaciones de estirpe liberal y las de estirpe conservadora, pues en las primeras se implantaron núcleos de habitantes convertidos al protestantismo, ampliando el antagonismo social y político al religioso. De esa manera, las consecuencias de los hechos

fueron penetrando profundamente a la sociedad michoacana.

En todo conflicto bélico, la victoria suele trastocarse en derrota tras el movimiento que la secuela guerrera empuja. El desenlace da el triunfo aparente a unos, solamente para terminar dando paso a quienes, visionarios o hábiles políticos, supieron jugar sus cartas con mayor suerte o mejor destino, con la vista puesta más allá de lo inmediato. Por ello, el conocimiento de la historia permite reflexionar sobre el pasado, pensando en el futuro de los actos presentes.

En México, la solución estuvo lejos de ser definitiva, pues la aparente victoria de la línea radical del liberalismo mexicano terminó convertida en su desplazamiento del poder. En efecto, la presión conservadora y la inquietud agraria de los comuneros michoacanos persistieron. La victoria militar fue definitiva, pero la oposición armada conservadora continuó, sobre todo con los levantamientos religioneros de 1874. Esos y otros factores, ajustaron cuentas pendientes y contribuyeron a dar paso al movimiento tuxtepecano, llevando al poder al general Porfirio Díaz, quien ascendió precisamente gracias a la influencia ganada durante la guerra. Con él culminó un proceso de luchas nacionales, imponiéndose una *entente* estable. En Michoacán estuvo por verse quiénes constituyeron los grupos políticos y militares ascendentes, tras el triunfo militar.

La guerra provocada por el proyecto monárquico precipitó un rompimiento de la conciliación de clases y un combate para defender sus intereses antagónicos. La conclusión de la guerra marcó el triunfo del proyecto liberal de una de las alianzas en pugna. Después de todo, la guerra fue otro medio de hacer política. Siendo, como fue, un espacio abierto a los extremos de la violencia desatada, con todos los riesgos y los costos implícitos en ella, fue un acelerador y transformador social y político, cuyas consecuencias se han ido dilucidando.

En todo caso, lo irreversible de las reformas liberales implantadas en México, arraigadas como en ningún otro país de América, se debió a esta guerra con la cual se dieron parte de las condiciones que hicieron posible, posteriormente, el liberalismo de conciliación nacional del Porfiriato. El proyecto hegemónico perdurable de éste debió en algo su factibilidad a la reconfiguración política producida por la guerra, gracias a la cual se derrotó radicalmente al conservadurismo decimonónico (aunque éste sobrevivió sometido, en la medida en que siguió siendo una realidad vigente). Al fin y al cabo, la victoria militar es un elemento de peso en todo edificio político.

Además, por otra parte, si alguna posibilidad pudo llegar a tener el proyecto conservador, ésta quedó estropeada por haber caído en manos de facciones intransigentes. En efecto, el conservadurismo mexicano pudo tener estadistas con planes vanguardistas de modernización nacional, aunque preservaron una tradición social y cultural opuesta al industrialismo liberal. Sin embargo, la emergencia victoriosa de los sectores más retrógados y menos emprendedores pudo ser un factor de su fracaso global, al sepultarse sus aspectos más lúcidos. Y de todas maneras, puede especularse si una monarquía industrializada, por ejemplo, tuvo alguna vez posibilidades de realización en América; o si la situación internacional hizo ya irrealizable una idea tal.

Finalmente, cabe traer a la memoria una responsabilidad contraída en la agresión desmedida entonces sufrida por nuestro país. Las clases dominantes francesas pretendieron representar a una Francia que, suponiendo, encarnaba a la civilización misma. Y en nombre de ella, en México se cometieron atrocidades, luego llevadas, crecidas, a otras guerras del imperialismo contemporáneo, como en aquella de las inhumanidades masivas perpetradas en Argelia. Buen cuidado tuvieron de hacer olvidar



Arriero (grabado de H. Iriarte)

esa historia negra. Pero el olvido es una decisión política, como lo es también el recuerdo; aunque ambas decisiones tienen signos contrarios. Una, sirve a la servidumbre; otra, a la emancipación.¹⁵

NOTAS

- 1 Romero 1972:24-5
- 2 Ruiz 1975:465
- 3 Canción chinaca titulada "Churumbela", cuya letra recogió Riva Palacio (1868:302-3)
- 4 Ruiz 1975:32
- 5 Labastida y otros 1864
- 6 Ruiz 1975:100
- 7 Conte 1983:291
- 8 Conte 1983:291-2
- 9 Powel 1974:123
- 10 Munguía 1866
- 11 Fragmento tomado de Ruiz (1975:689) e Ibarra (1944:144-5)
- 12 Ruiz 1975:717
- 13 Ruiz 1975:730
- 14 Romero Flores 1960:256

15 En este artículo se utilizaron impresos y documentos de la administración imperial michoacana, fotocopiado por el colega Gerardo Sánchez Díaz en el Archivo del Poder Judicial de Michoacán. Se empleó un volumen del ramo de *Historia* del Archivo General de la Nación para documentar la conducta de los párrocos y la práctica de la arriería durante la época colonial en Michoacán. En la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia se encuentran las actas del ayuntamiento de Zamora, levantadas durante la Intervención y el Imperio, así como correspondencia del obispo Munguía. Se revisaron fotocopias de documentos sobre la

cuestión eclesiástica mexicana, obtenidas por el doctor Luis Ramos en el Archivo Secreto Vaticano.

Para esbozar el contexto internacional, se utilizaron textos de un analista alemán de la época, a quien se debe una crítica del régimen republicano de Luis Bonaparte, antes del restablecimiento del Imperio francés (Kugelmann 1983; Marx 1969, s.f.; Monjarás Ruiz 1983). El panorama socioeconómico mexicano fue proporcionado por C. Cardoso (1980). Y la situación socioeconómica michoacana fue reconstruida con las noticias históricas y estadísticas compiladas por José Guadalupe Romero (1972). Respecto del liberalismo nativo, se dispone de una antología de artículos del político liberal Melchor Ocampo (Arreola 1975). Otras publicaciones versan sobre la cuestión agraria (Gutiérrez 1984; Meyer 1973; Powel 1974; Reina 1980; Sánchez Díaz 1979). Y sobre la cuestión eclesiástica se dispone de generalidades y datos particulares sobre las relaciones entre el imperio y la Iglesia, el asunto de los bienes eclesiásticos y la posición de los prelados michoacanos (Blumberg 1971; Bartolini 1864; Bazant 1977; González Navarro 1971, 1983; Labastida y otros 1864; M. O. M. 1895; Quirarte 1980). Se consultó datos biográficos de estos últimos (Alvarez García 1968; Heredia Correa 1984; Méndez Plancarte 1940; Romero Flores 1960; Vargas Cacho 1968; Velásquez 1931; Willman 1976).

Información sobre la instauración, fin y consecuencias del imperio, fue tomada de varios textos (Alvarez 1977; Bastian 1983; Conte 1983; Ibarra 1945; Molina 1981; Monjarás Ruiz 1974; Varios 1864). Y sobre la historia michoacana y sus secuelas en esta época, varias publicaciones aportan información (Anónimo 1865; Barbabosa 1905; Bravo Ugarte 1984; Cerda; Fernández de Córdoba 1943; Galván Rivera 1951; González Méndez y Ortiz Ibarra 1980; Ochoa S. 1978, 1981; Pérez Gil 1890; Pola 1959; Ramos Arizpe y Rueda Smithers 1984; Romero 1864; Romero Flores 1960; Rubio 1895; Sánchez Díaz 1984; Vega 1965; Zamacois 1880). Pero sin duda, la más importante fuente es la conocida *Historia de la guerra de intervención en Michoacán* del escritor liberal Eduardo Ruiz, a quien también se debe una novela romántica recreada en esa época: *Un idilio a través de la guerra*. Por cierto, Vicente Riva Palacio escribió otra novela del mismo corte: *Calvario y Tabor*. Estos tres libros contienen datos antropológicos, sociales, políticos, militares y otros, además de recrear el ambiente de esos años, como ninguna otra fuente lo hace.

FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFICAS

Documentos e impresos archivados

- Archivo del Poder Judicial de Michoacán (Morelia)
Documentos e impresos sueltos del Imperio de Maximiliano (sin clasificar).
- Archivo General de la Nación (México)
"Tanganciquaro". *Ramo de historia*, vol 578-A, 1789-93.
- Biblioteca Nacional de Antropología e Historia Eusebio Dávalos H.
Actas de ayuntamientos. Estado de Michoacán, Fondos Especiales, Colección Antigua, 13 bis-1-1, 1820-68, 271 fs.
- Carta de Clemente de Jesús Munguía a José María Andrade, febrero 18. *Fondos especiales*, 4a. serie, documentos varios, leg. 38, f. 6, 1854.
- Colognesi, Ernesto
"A su eminencia reverendísima el señor cardenal Antonelli, secretario de estado de su santidad", febrero 26 de 1864, Roma, Archivo Secreto Vaticano, Fondo Secretaría de Estado, año 1866, R:251, facs. 6.
- Labastida y Dávalos, Pelagio Antonio de
"Messico. Intorno alla monarchia da stabilirsi in Messico. Questioni. 1863", Roma, Archivo Secreto Vaticano.
- "Copia de la carta que con fecha 27 de enero de 1864 dirigido al excelentísimo señor mariscal Forey, en contestación a la suya del 15 de diciembre del año anterior escrita en París", Roma, Archivo Secreto Vaticano, Fondo Secretaría de Estado, año 1866, R:251, fcs. 6.
- Labastida y Dávalos, Pelagio Antonio, Clemente de Jesús Munguía y otros
"Copia de una nota dirigida por el ilustrísimo señor arzobispo y sus ilustrísimos hermanos, a su excelencia el ministro de negocios extranjeros del emperador (10 de enero de 1864)", Roma, Archivo Secreto Vaticano, Fondo Secretaría de Estado.
- Representación que los Ilmos., señores arzobispos de México y Michoacán dirigen a S. M. el emperador, pidiendo la derogación

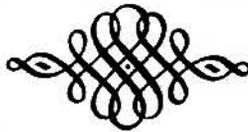
de la ley de 26 de febrero de 1865, sobre tolerancia de cultos", 29 de diciembre de 1865, Roma, Archivo Secreto Vaticano.

- Magaña, Ramón, José Guadalupe Romero y Mariano Carrión
"Ilmo. Señor. Impuesto este cabildo de la muy atenta nota oficial de U.S.Y. fechada el 9 del mes próximo pasado. . .", Morelia, Cabildo Eclesiástico de Michoacán, 25 de enero de 1866, 2 hs. ms., en Archivo Secreto Vaticano.
- Munguía, Clemente de Jesús
"Excmo. Señor. En la audiencia que me dió nuestro santísimo padre el 12 del corriente. . .", Roma, 14 de mayo de 1866, 2 hs. ms., en Archivo Secreto Vaticano.
- "Reservada. Del Ilmo. Sr. Munguía de Michoacán. 12 de junio 1866", Roma, Archivo Secreto Vaticano.
- Pinedo, Luis G.
"Por el correo ordinario último, venido de la Corte, se ha recibido la suprema circular que a continuación se inserta. Ministerio de Gobernación. Sección 3a. Circular núm. 57. Méjico, octubre 17 de 1865", Morelia, Prefectura de Michoacán, Sección de Gobernación, 1 h. impresa (en Archivo del Poder Judicial de Michoacán).
- Ugarte, José
"Por la Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación se me comunica la siguiente circular. Palacio de la Regencia del Imperio. Méjico agosto 1o. de 1863", Morelia, Imperio Mejicano, Prefectura Política de Michoacán, mayo 2 de 1864, 1 h. impresa (En Archivo del Poder Judicial de Michoacán).
- "Por la Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación se me ha dirigido la siguiente circular. Palacio imperial. Méjico abril 3 de 1864", Morelia, Imperio Mejicano, Prefectura Política de Michoacán, mayo 2 de 1864, 1h. impresa (en Archivo Poder Judicial de Michoacán).
- "Por la Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación se me ha dirigido la siguiente circular. Palacio del Supremo Poder Ejecutivo Provisional. Méjico, julio 2 de 1863", Morelia, Imperio Mejicano, Prefectura Política de Michoacán, mayo 2 de 1864, 1 h. impresa r. y v. (en Archivo Poder Judicial de Michoacán).
- "Por la Secretaría de Estado y del Despacho y Crédito Público, se me dice lo siguiente. Sección 5a. Circular. Palacio Imperial. Méjico, abril 8 de 1864", Morelia, Prefectura Política de Michoacán, 1 h. impresa (en Archivo Poder Judicial de Michoacán).
- "Por la Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación, se me dice lo siguiente. Palacio de la Regencia del Imperio. Méjico agosto 5 de 1863", Morelia, Prefectura Política de Michoacán, 1864, 1 h. impresa.
- ### Impresos y trabajos inéditos
- Alvarez, José Rogelio (dir.)
Enciclopedia de México, México, Enciclopedia de México, S.A., 12 tomos, 1977.
- Alvarez García, Isafas
"Clemente de Jesús Munguía". *Guía. Un semanario de ideas*, Zamora, año XVII, diciembre 22 de 1968, no. 858, p. 13.
- Anónimo
Campagne du Régiment Impératrice-Charlotte dans le Michoacan. Combat de Tacambaro. (Extrait du Journal de l'Armée Belge), Bruselas.
- Arreola Cortés, Raúl (ed.)
Melchor Ocampo. Textos políticos, México, Sría. de Educación Pública, Dir. Gral. de Divulgación, 1975, 192 pp. (SEP/Setentas, 192).
- Barbosa, Manuel
Apuntes para la historia de Michoacán, Morelia, Talls. de la Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz, 1905, 305 pp.
- Bartolini, D.
Bula de su santidad, Morelia, Imprenta de Ignacio Arango, 1864, 7 pp.
- Bastian, Jean Pierre
"Metodismo y clase obrera durante el porfiriato". *Historia mexicana*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, vol. XXXIII, julio-septiembre de 1983, no. 1 (129), pp. 39-71.
- Bazant, Jan
Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875. Aspectos económicos y sociales de la revolución liberal, 2a. ed., México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, XIV-364 p. (Nueva serie, 13).
- Blumberg, Arnold
"The mexican empire and the Vatican. 1863-1867". *The Ameri-*

- cas, Washington, The Academy of American Franciscan History, vol. XXVIII, julio 1977, no. 1, p. 1-19.
- Bravo Ugarte, José
Historia sucinta de Michoacán. III. Estado y departamento (1821-1962), México, Editorial Jus, 1964, 290 p. (México heróico, 36).
- Cardoso, Ciro (coord.)
México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social, México, Editorial Nueva Imagen, 1980, 526 p. (Serie Historia).
- Cerda, Ignacio
Michoacán durante la guerra de intervención extranjera.
- Conte Corti, Egon Caesar
Maximiliano y Carlota, trad. Vicente Caridad, iconografía José Ignacio Conde, Present. Alfonso Reyes, reed., México, Promociones Editoriales Mexicanas, 1983/622 p. (Los grandes libros de México).
- Fernández de Córdoba, Joaquín
Nuevos documentos para la historia de la imprenta en Morelia. Impresores e impresos morelianos del siglo XIX, México, Biblioteca Benjamín Franklin, 1943, 62 p.
- Galván Rivera, Mariano
Colección de efemérides publicadas en el calendario del más antiguo Galván desde su fundación hasta el 30 de junio de 1950, México, Antigua Librería de Murguía, 1951, 848 pp.
- González Méndez, Vicente y Héctor Ortiz Ibarra
Los Reyes, Tingüindín, Tancitaro, Tocumbo y Paribán, present. Carlos Torres Manzo, México, Gobierno del Estado de Michoacán, 1980, 749 p. (Monografías municipales del estado de Michoacán).
- González Navarro, Moisés
La reforma y el imperio, México, Secretaría de Educación Pública, 1971, 216 p. (SEP/Setentas, 11).
— *Anatomía del poder en México 1848-1853*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, VIII-510 p.
- Gutiérrez M., Angel
"Investigación histórica y lucha ideológica. El caso de las comunidades michoacanas". *La cuestión agraria: revolución y contrarrevolución en Michoacán (tres ensayos)*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Depto. de Investigaciones Históricas, 1984, p. 11-26. (Historia nuestra, 6).
- Heredia Correa, Roberto
"Presencia de los clásicos en forjadores del nacionalismo", 1984, 39 hs. ms.
- Ibarra de Anda, F.
Carlota. La emperatriz que gobernó, México, Ediciones Xochitl, 1945, 194 p. (Vidas mexicanas, 18).
- Kugelmann, Franziska
"Pero doy más importancia a la persona que a las cosas". *El gallo ilustrado, Semanario de El día*, México, abril 10 de 1983, no. 1085, p. 17-8.
- Labastida y Dávalos, Antonio Pelagio, Clemente de Jesús Munguía, Carlos María Colina, José María Covarrubias, Francisco Ramírez, Bernardo Gárate, Juan B. Ormachea, Manuel Ladrón de Guevara, Francisco Suárez Pedrero, José Antonio de la Peña y Antonio Serrano
Carta pastoral que los Ilmos. Sres. Arzobispos de México y Michoacán y obispos de Puebla, Oaxaca, Caradro, Querétaro, Tlancingo, Chiapas, Veracruz, Zamora y Chilapa dirigen, a sus diocesanos con motivo de la entrada de sus magestades el emperador Maximiliano primero y la emperatriz Carlota a la capital, México, Imprenta de Andrade y Escalante, 1864, 12 p.
- M. O. M.
Apuntes históricos del antiguo convento de San Diego de Morelia hoy edificio del internado anexo a la Academia de Niñas, Morelia, Imprenta de la Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz, 22 p.
- Marx, Karl
"El dieciocho brumario de Luis Bonaparte". *Obras escogidas*, introds. V. I. Lenin, Moscú, Editorial Progreso, 1969, pp. 97-185.
— *La intervención en México*, trad. Marinela Barrios, México, Partido Revolucionario Institucional, CEN, s.f., 20 pp. (Materiales de cultura y divulgación política clásica, 3).
- Méndez Plancarte, Alfonso
"Claros varones de Zamora". *Abside. Revista de cultura mexicana*, México, vol. IV, 1940, nos. 11 (noviembre), pp. 19-29 y 12 (diciembre), pp. 31-43.
- Meyer, Jean
Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910), México, Secretaría de Educación Pública, Dir. Gral. de Divulgación, 1973, 236 pp. (SEP/Setentas, 80).
- Molina, Daniel
"Presentación". *La contraguerrilla francesa en México 1864*, México, Secretaría de Educación Pública, Dir. Gral. de Publicaciones y Bibliotecas/Fondo de Cultura Económica, 1981, pp. 9-52 (SEP/Ochentas, 12).
- Monjarás Ruíz, Jesús
México en 1863. Testimonios germanos sobre la intervención francesa, trad., introd. e índice onomástico de. . ., México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 208 pp. (SEP/Setentas, 146).
— "Karl Marx y México: un acercamiento preliminar a sus escritos y fuentes". *Historias. Boletín de información*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, enero-abril de 1983, no. 11, pp. 21-40.
- Ochoa S., Alvaro
Jiquilpan, introd. Carlos Torres Manzo, México, Gobierno del Estado de Michoacán, 1978, 231 pp. (Monografías municipales del estado de Michoacán).
— "La protocristiada: los religioneros michoacanos". *La cultura purhé, II Coloquio de Antropología e Historia Regionales*, comp. Francisco Miranda, México, Colegio de Michoacán, Fondo para Actividades Sociales y Culturales de Michoacán, 1981, pp. 237-43.
- Pérez Gil, Francisco
"Noticias sobre los hechos de armas más notables ocurridos desde las luchas de Reforma, en cada uno de los municipios del estado". *Memoria sobre la administración pública del estado de Michoacán de Ocampo leída ante el Congreso del mismo por el secretario del despacho Lic. Francisco Pérez Gil en la sesión del 26 de septiembre de 1890*, Morelia, Talleres de la Escuela de Artes, 1980, pp. 5-50.
- Pola, Angel
José María Arteaga, mártir de la intervención francesa, Uruapan, Escuela Popular de Arte Manuel Ocaranza, 1959, 14 pp.
- Powel, T.G.
El liberalismo y el campesinado en el cenro de México (1850 a 1876), trad. Roberto Gómez Ciriza, México, Secretaría de Educación Pública, Dir. Gral. de Educación Audiovisual y Divulgación, 1974, 191 pp. (SEP/Setentas, 122).
- Quirarte, Martín
El problema religioso en México, 2a. ed., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1980, 408 pp.
- Reina, Leticia
Las rebeliones campesinas en México, 1819-1906, México, Siglo Veintiuno Editores, 1980, 438 pp. (América nuestra, 28).
- Riva Palacio, Vicente
Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres, introd. Ignacio M. Altamirano, ils. Constantino Escalante, Manuel C. de Villegas y Compañía Editores, 1868, 596 pp.
- Ramos Arizpe, Guillermo y Salvador Rueda Smithers
Una visión subalterna del pasado a través de la historia oral. Jiquilpan 1895-1920, Jiquilpan, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, Archivo de Historia Oral, 1984, 344 pp.
- Romero, José Guadalupe
Noticias estadísticas sobre el partido de Coalcomán y condiciones favorables del mismo para la colonización regnicola o extranjera, Morelia, Imprenta de Ignacio Arango, 1864, 24 pp. *Michoacán y Guanajuato en 1860*. "Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán". est. prel. Agustín García Alcaraz, Morelia, Fimax Publicistas, 1972, 80-252 pp. (Estudios michoacanos, I).
- Romero Flores, Jesús
Diccionario michoacano de historia y geografía, colab. Eugenio Pérez Mejía, Morelia, Edición del Gobierno del Estado, Talleres Gráficos de la Escuela Técnica Industrial Alvaro Obregón, 1960, 530 pp.
- Rubio, Jesús
Apuntes para la historia de Michoacán. Periodo de la campaña de intervención. Cange de prisioneros en Ahuítzio, el 5 de diciembre de 1865, Zamora, Imprenta Moderna, 1895, 21 pp.
- Ruiz, Eduardo
Un idilio a través de la guerra. Novela histórica, pról. Julio Zárate, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1923, XIV-394 pp.
— *Historia de la guerra de intervención en Michoacán*, ed. fás., pról. Eugenio Pérez Mejía, Morelia, Balsal Editores, 1975, XII-744 pp. (Documentos y testimonios, 2).
- Ruiz, Eduardo y otros

- Leyendas y cuentos michoacanos (antología)*, selec. y pról. Jesús Romero Flores, México, Ediciones Botas, 1938, 356 pp.
- Sánchez Díaz, Gerardo
El suroeste de Michoacán, Estructura económico-social 1821-1851, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Depto. de Investigaciones Históricas, 1979, 144 pp. (Historia nuestra, 2).
- "Zitácuaro en la guerra patriótica contra la intervención francesa 1864-1867", 15 hs. ms.
- Vargas Cacho, Arturo
 "El primer obispo de Zamora". *Guía*, Zamora, año XVI, marzo 31 de 1968, no. 820, p. 26.
- "Mons. José Antonio de la Peña". *Guía*, Zamora, año XVI, abril 21 de 1968, no. 823, p. 26.
- Varios
Documentos relativos a la misión política encomendada a la Asamblea General de Notables que dió por resultado la adopción del sistema monárquico en México, y la elección para emperador de S.A.I. y R. el archiduque Fernando Maximiliano de Austria.

- Discurso pronunciado en Miramar el 3 de octubre de 1863, por el presidente de la Comisión Mexicana al ofrecer la corona al príncipe electo, y contestación de S.A.I.*, México, Imprenta Literaria, 1864, 74 pp.
- Vega Villanueva, Aureliano
Histórica batalla de la toma de Tacámbaro, Tacámbaro, Fimax Publicistas, 1965, 12 pp.
- Velázquez, Primo Feliciano
La aparición de Santa María de Guadalupe, México, Imprenta Patricio Zaenz, 1931, XVI-450 pp.
- Williaman, John B.
La iglesia y el estado en Veracruz, 1840-1940, trad. Ana Elena La
- Williaman, John B.
La iglesia y el estado en Veracruz, 1840-1940, trad. Ana Elena Lara Zúñiga, México, Secretaría de Educación Pública, Dir. Gral. de Divulgación, 1976, 190 pp. (SET/Setentas, 289).
- Zamacois, Niceto de
Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, barcelona, J. F. Parres y Cía. Editores, 1880, 20 tos.



UN FANDANGO TIERRACALENTEÑO

Entre tanto se habían apeado ya todos los jinetes y comenzaron a circular entre ellos grandes vasos de refino para los hombres, de mistela para las mujeres.

El patio estaba lleno de puestos de licores. Sus dueños habían acudido desde la Huacana y hasta desde Ario, pues no sé qué telégrafo sin hilos lleva a inmensas distancias en tierra caliente, la noticia de una boda.

El arpa no cesaba de tocar, ya un jarabe alegre y bullicioso como el "Gusto federal"; ya uno de esos sonos melancólicos y voluptuosos de la costa o de la tierra caliente, como la "Indita" o la "Malagueña". En esos bailes no se acostumbra invitar a la compañera. La mujer es la que busca la ocasión, provocando, por decirlo así, a su compañero. Se coloca en un extremo de la tarima que forma el palenque y comienza a bailar sola. Al instante se presenta un hombre, no siempre un desconocido, sino antes bien, el que de antemano ha podido hacer una seña imperceptible, el que está de acuerdo desde la víspera, el escogido, en suma, por la discreta bailadora. Aquella música sencilla, pero llena de sentimiento, la sensualidad del baile, el constante agitar de los pañuelos que sirven de abanicos, el calor que, como fuego se siente circular en las venas, todo esto revela que en aquellas almas se ha llegado al colmo del placer y de la alegría.

De repente, vuelven a oírse los bordones en el arpa y un nuevo trovador entona una de esas canciones de la tierra, expresivas e intencionadas:

Hermosísima sandía,
 mi corazón te idolatra;
 yo te he de cortar la guía
 sin que lo sienta la mata;
 ¡A ver si la dicha es mía,
 o la suerte me es ingrata!

No falta algún otro cantor aficionado que responda:

En un llano muy florido
 me pusiste una emboscada:
 con el clarín de Cupido
 me tocaste retirada. . .
 ¿qué, no soy tu consentido?
 ¡vuélveme a tocar llamada!

Luego sucede que alguna de las hembras presentes contesta las alusiones y canta en el mismo tono:

Debajo de un limón verde
 corre el agua y no se enfría;
 yo le dí mi corazón
 a quien no lo merecía:
 por eso no es bueno fiarse
 de los hombres de hoy en día.

El arpa no cesa de sonar y algún enamorado doncel a quien tienen herido los desdenes de su ingrata rancherita, alza la voz y exclama:

Oyes, indita del alma:
 llorando tomé la pluma,
 con ternura te escribí,
 si algún borrón encontraste,
 no me eches la culpa a mí:
 son lágrimas que escurrieron
 acordándome de tí.



LAS SOLDADERAS

Las mujeres que siempre acompañan a los soldados en traje de campaña, hacían sus últimos preparativos: cubiertas con sus anchos sombreros de petate, con sus enaguas formadas de cien piezas de distintos géneros y colores, cargadas de todo un mobiliario, llevando en el hombro un perico y seguidas de uno o dos perros, entraban y salían a las tiendas, hablaban con los soldados, sostenían disputas y diálogos acalorados con las mujeres del pueblo, reñían a los muchachos; en fin, introducían en la plaza ese exceso de movimiento que se llama desorden.

VICENTE RIVA PALACIO 1868:167

Estas mujeres sirven a los hombres con entera abnegación; para alimentarlos saquean los víveres de las casas; se desvelan para

atenderlos en sus enfermedades; les ayudan a cargar el fusil en las marchas; durante una acción de guerra no cesan de acarrear agua para dar de beber a su hombre y a sus compañeros; son soldadas, cabas o sargentas, según la jerarquía de sus queridos y si alguna de ellas tiene un niño, todas lo cuidan, por más que a veces se aborrezcan entre sí. Cuántas ocasiones se les utiliza para que repartan el parque a la hora del combate. No temen las balas, y se las ha visto curar a su herido o sacarlo en hombros durante lo recio de la pelea. Algunas son tan listas que sirven admirablemente de espías, cualquiera que sea el peligro que puedan correr; siendo tan reservadas, que inspiran toda confianza, pues su lema es: "primero mártires que confesoras". Son suspicaces y vigilantes, y muchas sorpresas se han evitado por los avisos que dan.

EDUARDO RUIZ 1975:463-4



EL ASALTO DE TACAMBARO

El parque estaba ya casi agotado, y sin embargo, todos los batallones avanzaron en un solo movimiento y treparon sobre los parapetos. . . No se escuchaba más que un solo disparo, sordo, amenazador, como el aliento jadeante de la muerte; el espacio parecía saturado de blasfemias; se oía el silbido de las balas que se esparcía por todos los ámbitos de la ciudad.

En aquel solemne instante, del techo de una casa conti-

gua se vió surgir, elevándose al cielo, una inmensa llamara-da desprendida de una nube de humo. Era la casa del comandante del batallón don Tiburcio Mejía, incendiada por él mismo para que se transmitiese el fuego al templo parroquial. Un grito unánime de los asaltantes y de los sitiados acogió, con entusiasmo los unos, y con terror por los otros, aquel acto de una sublime abnegación.

El ejemplo fue seguido. El valiente Jesús Villanueva, comandante de los patriotas de Quiroga, traspasó el parapeto con el fusil armado de bayone-

ta en una mano y en la otra una tea inflamada, y envuelto en la lluvia de proyectiles puso fuego a la puerta de la parroquia. Aquel jefe, Jiménez y Rivera, penetraron los primeros por entre las llamas, batiéndose palmo a palmo con los belgas: unos y otros jugaban el todo por el todo. El recinto se llenó de cadáveres empapados en la sangre que corría por el pavimento.

"Los cañones vomitaban metralla —dice el escritor belga— metralla fuera del recinto fortificado, metralla en el interior de la iglesia; el incendio

crujía sobre nuestras cabezas; estábamos rodeados de moribundos, de heridos que gemían clamando por un trago de agua que no teníamos; se escuchaban gritos de cólera, de dolor, de agonía. ¡Yo oí todo esto! Por intervalos el eco de las burlas salvajes de nuestros vencedores llegaba hasta nosotros a pesar del inmenso ruido del combate. ¡Oh, todo esto era espantoso! Hubo un momento en que creía que todos íbamos a volvernos locos de terror, de rabia impotente. . ."

EDUARDO RUIZ 1975:368-9



LA QUEMA DE ZITACUARO

Las llamas envolvieron a la ciudad; el humo en densas y negras nubes ocultaba el firmamento; los árboles crujían y se desgajaban; anchas grietas se abrían en las paredes que resistían al impulso del voraz elemento; y el ruido de los derrumbamientos y el polvo

que se confundían con el humo, hacían de aquel espectáculo un cuadro digno del infierno.

Desde los peñascos de la loma de La Palma, desde las mesetas del cerro de Camémbaro, desde los encinales que cubren la falda del Cacique, los pobres vecinos de Zitacuaro vieron a su ciudad como una hechicera de los tiempos de la Edad Me-

dia, agitarse entre las llamas, estremecerse, consumirse, desaparecer. . . y luego, . . un manto de ceniza como un sudario, tenderse sobre el antiguo recinto de la ciudad heroica.

La furia de los invasores no estaba saciada.

Salieron expediciones a los pueblos de los alrededores, como a una partida de caza, y todo lo incendiaron, casas,

trojes, semillas, sementeras: allí se mataba todo lo que se movía y que no podía ser arrebatado por ellos, ya fuese un hombre, o un niño, o una mujer, ya un perro, un cerdo o una gallina. Las cenizas marcaron el lugar de las habitaciones, los cadáveres el lugar de las calles.

VICENTE RIVA PALACIO
1868-319-20



Clemente de Jesús Munguía, obispo de Michoacán (litografía de Salazar)